

MENTE

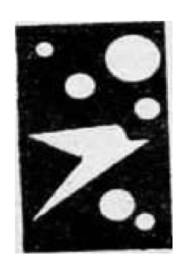
Frank Caudett

CIENCIA FICCION

FRANK CAUDETT

MENTE

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 658
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTA – BUENOS AIRES – CARACAS - MEXICO

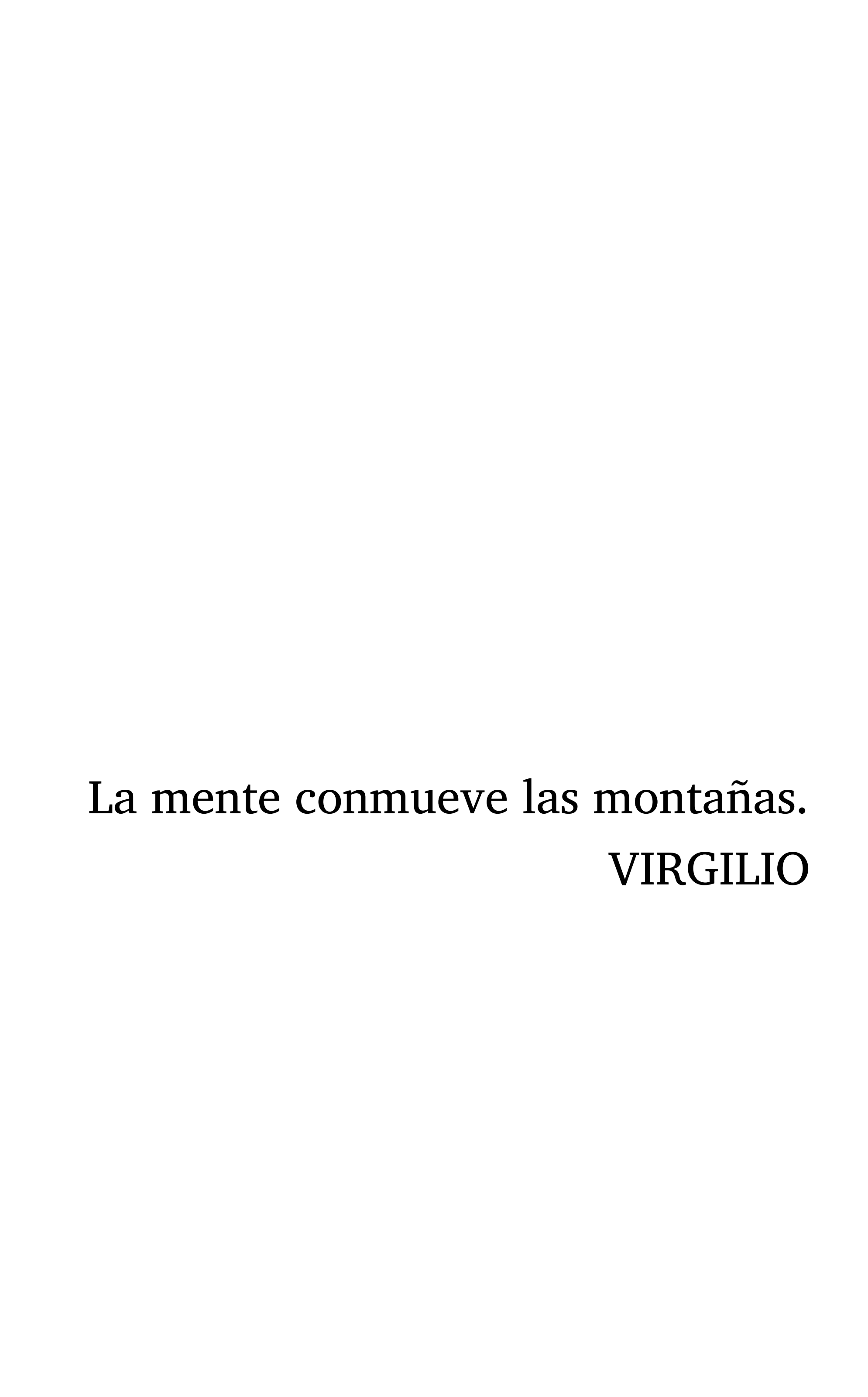
ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 1398-1983

Impreso en España - Printed in Spain
1. ª edición: marzo. 1983
2. ª edición en América: septiembre. 1983

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta

novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1982



La mente conmueve las montañas.

VIRGILIO

HABLA... MENTE (I)

Yo fui el *malo* de la película de la Creación.

Un disidente.

Por qué me revelé, como desde hace años dicen los terrícolas, contra el poder establecido.

No quise admitir que todo era como me decían que era.

Ni tampoco que el *mal* era el *mal* por el solo hecho de decirlo *alguien.*

Disidente, sí.

De esta forma, con esa palabra se denomina a los que pretenden ir más allá de lo que se les permite.

Fui expulsado de la Creación.

Lejos.

Muy lejos.

Condenado a millones de años y un día. A eternidad perpetua.

Reboté de un extremo a otro de los espacios siderales, perdido, confuso, como un extraño apátrida del Universo.

Lo mismo que un meteorito.

Yo era un ente sin patria condenado a un letargo amorfo, sin fin.

O así lo creía... *alguien.*

Pero yo tenía fuerza, poder, capacidad. Tenía una... Mente.

Que estuvo aletargada durante el transcurso de largos e interminables miles de años.

Como dormida.

Hasta que un día despertó.

Su fuerza vivificó mi espíritu invisible y empecé a sentirme capaz de las mayores empresas.

Capaz de crear, de dar vida, de hacer *mi* propio mundo y darle luz.

Lo hice, sí.

Mi mundo.

A imagen y semejanza de aquel de donde fuera expulsado.

Pero, en muchas cosas, sensiblemente más perfecto.

Simplemente: SUPERIOR.

Poblado por unos seres de apariencia muy parecida a los terrícolas, pero mucho más inteligentes. Por la sencilla razón de que yo me reservé apenas una pequeña parcela de mi infinito poder.

Del poder de mi... Mente.

Transmití toda mi capacidad a los seres que había dado vida y ellos se beneficiaron de ese saber, de esa perfección, que los hacía los mejores del Universo infinito.

Con un soplo vivifiqué la superficie de un planeta perdido en los confines del infinito, un planeta al que puse por nombre: DISIDENTE.

Como había sido yo.

Como ya no era.

De un apátrida expulsado de otra Creación pasé, por obra y gracia de mi fuerza, capacidad y poder, a convertirme en el amo, dueño y señor, de mi propia Creación.

Todo era igual o muy parecido. Inferior en cantidad, sí, pero muy superior en calidad.

Y me olvidé de todo, satisfecho con lo que poseía.

Mis ansias de... ¿venganza le llaman los terrícolas, no?

Mis ansias de venganza hacia el *alguien* que hizo de mí un pasajero sin destino en las inmensidades del Cosmos, se diluyeron dentro de mi propia grandeza... y olvidé.

No había perdonado, eso no. Tan sólo olvidaba.

Y pasaron los años, los siglos.

Hasta que un día, cuando menos podía esperarlo, descubrí la grave tragedia que estaba amenazando mi Creación.

Que amenazaba con exterminarla.

Con destruirla.

Una rabia sorda, unas oleadas de odio se agitaron en el interior de mi etéreo espíritu. ¿Me iban a vencer, a destrozar, a reducir y condenar por segunda vez?

No.

Ahora, no.

Porque mi poder seguía latente, vivo y resucitado. Y mis entes creados eran receptores de ese poder, de esa fuerza vivificadora. Así, pues, no podíamos ser exterminados.

Teníamos que luchar... Con todas nuestras fuerzas... Con toda nuestra enorme superioridad.

Mi Inteligencia pronto me reveló la única fuente de salvación de que disponía para perpetuar la existencia de los seres creados en DISIDENTE. De mis... *seres.*

La vida se iba extinguiendo en nuestro planeta, sí. Pero podíamos trasladarla a otro.

A otro de iguales o muy parecidas características.

A la... Tierra.

Y entonces pensé en el principio de la aventura.

A una aventura que iba a ser, también, mí... *venganza.*

Y como disponíamos de poco tiempo, empezamos.

Empezó... *todo.*

Nuestro proyecto. MI proyecto, para trasladar la vida y los seres de DISIDENTE a la... *Tierra.*

Empezó todo, sí.

CAPÍTULO PRIMERO

Walter Lambert era un hombre dinámico, arrollador, casi agresivo, con cara de niño malo. De esos niños que en la escuela sorprenden a propios y extraños porque siempre lo saben todo. De esos niños que conjugan su inteligencia con una rara habilidad, con un precoz disponibilidad para llevar a cabo todas las perrerías habidas y por haber.

Walter Lambert, por eso, porque siempre había sido uh chico listo, precoz, se licenció jovencísimo, con brillantes notas y con el número uno en todas las materias... se licenció, decimos, en Ciencias de la Información.

Y a sus veintidós años (erre que erre en su precocidad), con sólo dos en la empresa, era ya el redactor jefe del *Space Herald*. Y no sólo eso: era el paño de lágrimas de sus colegas y subordinados. La respuesta a cualquier pregunta. La solución al más difícil problema. La piedra filosofal capaz de transformar dos simples líneas aparecidas en la computadora en una noticia sensacionalista de primera página.

Le llamaban cariñosa y amigablemente: «Genio».

Seguía sabiéndolo todo, como en la escuela.

Y como en la escuela también, seguía dispuesto a ser el artífice de toda clase de perrerías.

Claro que, las perrerías o como quisieran llamarles del Walter Lambert de veintidós años, ya no eran las mismas que las del Walter Lambert del colegio.

No eran las mismas, desde luego.

Ahora ya merecían otro calificativo.

Como estaba sucediendo en aquel instante en que, mientras repasaba o fingía repasar unos artículos que su secretaria acababa de ponerle encima de la mesa, la diestra del redactor jefe se empecinaba en planchar la corta faldita de la muchacha precisamente a la altura de sus prietos, redonditos, y apetecibles glúteos.

—Tienes unas carnes muy duras, muñeca. Agradables al

tacto. ¿Te lo he dicho alguna vez, «secre»?

Teresa White le fulminó con la mirada. Pero eso, sólo era de pupilas afuera. De cerebro adentro deseaba que él siguiera con tan delicioso sobo, porque al simple contacto de su mano, ella, vislumbraba el éxtasis tan cerca que casi estallaba.

Pero se vio obligada a contestar, interrogante también:

— ¿Te he dicho yo alguna vez, «Genio», que tienes la cara de mármol?

— ¡Sí sólo fuera la cara! Tengo otras cosas como el mármol. Pero que entran en calor al punto. Tú lo sabes, pequeña. ¿O no?

— ¡Vete al cuerno! ¡Y quita la mano de ahí!

Puso cara de niño triste. De niño que no comprende el porqué de aquel castigo.

— ¿Cómo...? ¿Qué quite la mano... mi mano? ¡Pero...! ¡Oh, Teresa, no lo esperaba de ti! ¡Juro que no lo esperaba! —hizo una serie de trágicos aspavientos que le daban el pego a quien no conociera a Lambert. Siguiendo: — ¡Pero...! ¿Acaso hay alguien en este cochino planeta, o en los ya descubiertos, o en aquellos en los que se supone hay vida animal... que pueda acariciar tu delicioso culito con mejor estilo y mayor esmero que yo? ¡Teresa, Teresa, tú sabes que eso no es posible!

— ¡Eres... eres, yo qué sé lo que eres! Un cínico, sí. Cruel además. Que gozas burlándote de los sentimientos de una pobre chica tonta que se deja...

— ¡Teresa, Teresa, por favor! ¡No me digas eso! Me pones triste. Me haces sentir terriblemente culpable. Me condenas a esperar tu perdón. ¡No puedes hacer eso con mi alma! ¿Verdad que no, preciosa? —alzó hacia ella sus ojos ahora suplicantes. Los dedos de la diestra reanudaron el reconocimiento—. ¡Oh, Teresa, oh! ¡Qué traserito más cuco! Es pura delicia al tacto...

— ¡Basta ya, Walter! Basta de burlas.

— ¿Burlas...? ¿Has dicho burlas? ¡Oh, no, de verdad que no! Yo te...

—Tú no me amas, así que no lo digas —se quejó la preciosa pelirroja y añadió—: Ni a mí ni a nadie. Sólo te quieres a ti, Walt.

— ¿Me estás acusando de...?

—Egoísta.

— ¿De veras?

Y extendió la mano hacia arriba atrapando la tupida trenza que entrecruzaba en sedosa amalgama los pelirrojos cabellos de la secretaria, tirando abajo, suave, para salir con su boca al encuentro de la de ella devorando sus carnosos labios hasta exprimirle aquel zumo joven y húmedo que destilaban.

Teresa, cabalgando sus pechos como enloquecidos a causa de la asfixia, jadeó:

— ¡Nos verán...!

— ¿Prejuicios a estas alturas? ¡Qué importa que nos vean, preciosa!

Y tirando otra vez de la trenza prolongó al máximo que le permitía la capacidad de sus pulmones aquella fruiciosa caricia.

—Abusas y abusas... —se derrotó la pelirroja de espeluznantes encantos, de lujuriosa exhaustividad—, ¡abusas por qué me tienes loca perdida!

— ¡Cuántas quisieran que abusara de ellas... ay! ¿Te das cuenta, bonita, de la suerte que tienes? ¡Y aún a veces me lo pagas con reproches, con insultos! ¿Sabes la de mujeres que están locas por mí, que no comen ni duermen pensando en este apuesto mortal... y yo, ni puto caso? Al menos tú, Teresa... ¡al menos tú tienes la inmensa suerte de hacerme tuyo cuando quieres! Y yo, no te reprocho esa avaricia con la que usas de mí y de mis varoniles encantos. ¿Has escuchado alguna vez una queja, un lamento de mis labios? ¡No! Al contrario. Teresa, Teresa, ¿de verdad... qué más quieres pedirle a la vida?

—He llegado a la conclusión de que no sé si finges, si te burlas... o si crees de veras todo lo que dices.

— ¡Claro que lo creo! —protestó encorajinado—. ¡Claro! ¿Piensas que no estoy capacitado para comprender la pasión que despierto en ti y en todas las demás? ¡Pues lo estoy! Y sufro por ellas al ver como se esfuerzan, conteniéndose, cuando paso por su lado. Leo en sus ojos la necesidad de abalanzarse sobre mí y abrazarme, besar mi boca apasionadamente... ¡Pobrecitas! ¡Claro que lo creo! Por eso he dejado de mirarme al espejo por

las mañanas.

La última frase sorprendió a la pelirroja. Y tonta ella, inquirió:

— ¿Por qué…?

—Porque estoy tan enorme que me amaría apasionadamente, me destrozaría de amor…

— ¡Vete al cuerno, imbécil! —se cabreó la explosiva Teresa.

Saliendo del despacho del redactor jefe, a renglón seguido, en un arranque de fugaz dignidad. Meneando aquellas nalgas explosivas, deseables, en las que tanto gozaba el cínico Walter Lambert.

— ¡Qué muñequita tan Cándida! —sonrió el muchacho. Añadiendo por lo bajo:

— Y tan golfa…

Se enfrascó en la lectura de los artículos hasta que zumbó el videófono.

Pulsó la tecla de entrada y le sorprendió el hecho de que se reflejara en la pantalla el rostro dulce de la videofonista en lugar del de quien trataba de establecer comunicación con él,

— ¿Qué ocurre, Senta?

—Algo extraño, Walt —observó la expresión confusa de la bella trigueña de enormes y chispeantes ojos almendra—. Se trata de una llamada para ti.

— ¿Y eso es extraño, prenda?

—Sí, Walt. Porque la comunicación no va acompañada de imagen.

— ¿Y hay voz? —volvió a sorprenderse él.

—Hay voz.

—Pásame.

—Bien. Ahora misma.

—Habla Walter Lambert, redactor jefe del *Space Herald.* ¿Quién llama?

Y un registro musical, tibio, arrullador como una melodía tropical de aquellas que habían hecho estremecer de pasión a sus antepasados, llegó hasta el oído del periodista, acariciándolo más que hablándole.

Y se expresó así:

—No creo que mi nombre sirva de mucho, señor Lambert.

—Lamento no compartir su opinión, señorita —podía ser señora, pero lo que sí estaba claro para Lambert era que la voz pertenecía a una mujer, independientemente de su estado civil —. Y no creo que le extrañe el que me guste saber con quién hablo, ¿verdad?

—Me llamo Aurea —susurró la fonía acariciante de la hembra.

—El hombre suena tan bonito como dulce suena su voz. ¿Qué puedo hacer por usted, Aurea?

—Tenemos que hablar, señor Lambert —creyó el periodista que ahora, en aquel registro cálido y suave, vibraba una nota discordante: una nota que mezclaba el temor y la necesidad.

Anunció:

—Bien. La escucho.

—No a través del videófono, señor Lambert.

—Le doy mi palabra de que nadie puede oírnos.

—Nadie de los *suyos.* Pero debo tomar precauciones. No a través del videófono. Tenemos que vernos, señor Lambert.

En el oído del periodista aún repiqueteaba, como el eco del bronce, la entonación con que ella había pronunciado: *suyos.* Preguntó, puesto ahora en guardia.

— ¿Intenta usted tomarme el pelo, amiguita?

—Señor Lambert —la voz ahora, por vez primera, entonó matices graves, secos—, ¿me oye bien?

—Sí.

—Pues entonces, si desea que *su* mundo siga siendo plácido, tranquilo, y sobre todo, *que siga existiendo…* tenemos que hablar usted y yo, cuanto antes.

Walter se puso rígido. Tenso como un cable. Porque algo le dijo muy dentro de sí que no se trataba de ninguna broma.

— ¿Dónde, Aurea?

—Dentro de una hora. La carretera que conduce de Santa Bárbara a Glendale tiene un desvío, como a cinco millas, poco antes de cruzar Simi Valley. Tome ese desvío y ya me encontrará.

— ¡Oiga...!

Aurea, su anónima comunicante, anónima porque el video no había reflejado la imagen; Aurea, su misteriosa comunicante, misteriosa porque se había expresado con ambigüedad sembrando la duda, con sus palabras, en el cerebro del periodista... Aurea, simplemente Aurea, había interrumpido la comunicación.

Walter se puso en pie. Y desentendiéndose de artículos, del periódico, y de todo lo que no fuese aquella desconcertante llamada, salió de su despacho con presteza y premura.

Cruzó, sin mirarla apenas, por el de su «secre».

— ¡Eh, «Genio»! ¿Dónde vas?

—A descubrir nuevos traseros, preciosa.

— ¡Puerco!

Apenas un minuto después, Walter, a bordo de aeromóvil, se elevó hasta el cuarto carril circulatorio, único que carecía de limitación de velocidad. Maniobró en el tablier electrónico para fijar ruta y destino, abandonando el vehículo a la conducción automática en sus pensamientos.

Aurea...

¿Quién era Aurea?

Recordó también la extraña entonación con que había pronunciado la palabra: *suyos.*

Y... *su mundo.*

—Mi mundo... —repitió el periodista con un leve y maquinal movimiento de labios. Y al instante la pregunta golpeó su cerebro como un martillo vibratorio, tomando sonido en su boca—: ¿De qué mundo vienes tú, Aurea?

¿Y por qué tenía que venir de otro mundo? ¿Por qué?

Se mordió el labio inferior y después cerró la boca con fuerza.

Tratando, inclusive, de no pensar.

Eso, ya era más difícil.

—Aurea...

* * *

Tomó los mandos del aeromóvil para descender al primer carril circulatorio.

El desvío terrestre había quedado atrás cosa de un par de minutos.

Escrutó a su alrededor, mirando abajo, conforme reducía la velocidad en ruta.

Hasta captar en tierra, como trescientos metros por debajo, un amplio claro rodeado de arbustos y agreste vegetación. Una redonda marronácea, casi ofensiva, que aumentaba la explosividad lujuriosa de la catarata de verdor que la rodeaba.

—Tiene que ser ahí. Por fuerza —razonó.

Efectuando un rápido y perfecto descenso estacionó el aeromóvil en las inmediaciones del claro, entre los troncos de dos gruesos y elevadísimos árboles, para protegerlo del calor, en parte, y sobre todo de alguna mirada indiscreta.

Sacudió su dorada melena al tiempo que inspeccionaba los alrededores con un vistazo veloz pero escrutador.

Nada.

Allí no había nadie

Lo que sí había arriba, en lo alto del firmamento, era un sol despiadado.

Un sol de justicia, que sin ella, escupía sus rayos calcinadores, como un láser natural, contra los humanos y su planeta.

—A veces —murmuró—, pagaría porque me enviasen de corresponsal a cualquier Estación Cósmica, o Satelidromo Interplanetario, o galaxia donde no se conozca el Sol. Cerca del año dos mil trescientos y a ningún erudito de laboratorio se le ha ocurrido inventar un toldo para protegernos del Sol. ¡Claro! Solo piensan en descubrir planetas y más planetas, sistemas, constelaciones... ¡ahora andan locos con el Buspace ese que rendirá la primera visita científica a Mercurio! Pero del toldo... ¡nada! ¡Puñeta con el sol, como pega!

Calló, al darse cuenta de que hablaba solo, como los locos.

—Es que la llamada de esa chica —volvió a mover los labios—, *mea culpa*, me ha revolucionado. Aurea... ¿Pero dónde se habrá metido?

Le echó una ojeada al cronósfero.

—Es la hora. Hace una hora que me ha llamado... ¡leche con el sol! Si lo hubiera sabido me habría traído el casco, o al menos la gorra que me pongo para ir al estadio.

Se protegió los ojos con la derecha, a modo de visera, para mirar arriba.

Como si algo le dijera dentro de sí que Aurea tenía que llegar de arriba, del cielo, emergiendo por entre los rayos abrasadores de aquel maldito Sol...

El Sol, sí.

Que estalló de repente.

Que se hizo en pedazos. Pedazos de fuego que caían como gigantescas teas sobre la faz de la Tierra.

Y la conmoción.

Horrible la conmoción.

Walter Lambert no se preguntó el cómo ni el porqué. Se lanzó de bruces a tierra buscando protegerse de aquel cataclismo que se avecinaba.

¿Cómo que se avecinaba?

¡Qué ya estaba allí!

La fuerza de algo muy parecido a una onda expansiva le ayudó, lo mismo que si una mano invisible arremetiera, violenta, contra su espalda, a catapultarse en el suelo.

El Sol había estallado y ahora estallaban sus tímpanos, las sienes, la cabeza...

¿Era el fin?

¿Por qué había de ser el fin?

En los oídos de Walter Lambert resonaron algo parecido a unas trompetas.

¿Las del Apocalipsis quizá?

Entonces era cierto. Era verdad que el mundo tenía fin. Que tenía que acabarse.

¿Por qué tenía que acabarse?

¿Por qué así, sin explicación?

¿Y Aurea? ¿Dónde estaba la autora de la llamada que lo había llevado allí? Allí, a contemplar de cerca, a sentir sobre su ser el final de la Creación.

¿Por qué si el Sol había estallado... la Creación concluiría, no?

Silencio.

Ya no había luz.

Walter Lambert tuvo que dejar de pensar porque su cerebro se había perdido por un ininterminable pasillo de tinieblas. Por un túnel sinfín. Por un camino que cruzaba el Tiempo a velocidad de vértigo pero que no tenía principio ni final.

Estaba en el Espacio y pasaba por el tiempo. Respondía a una extraña ley de la relatividad.

Tras el estallido del Sol y todas aquellas sensaciones, él, Walter Lambert, se había perdido en una dimensión donde todo era relativo.

El Tiempo...

¿Dónde estaba, ahora, la exactitud del Tiempo?

Bajo la nube que adormecía más y más sus engramas, Walter se diluyó dentro de sí, sintiendo que las preguntas se ahogaban, que la voz del otro yo se apagaba, que la vida se iba de su ser, que el llamado espíritu abandonaba su cuerpo, que se estaba produciendo la deserción de la Inteligencia en la materia...

Era consciente de que no tenía consciencia. De que estaba dejando de ser un ente creado. La materia se dilucía huérfana ya de la fuerza invisible del poder etéreo.

El, Walter Lambert, se estaba perdiendo. El... *no era nada.*

Círculos concéntricos en la oscuridad interminable. Ni principio ni fin. Otra dimensión.

Todo se había quedado allá, en el Tiempo.

— ¡Adiós!

No ocurría nada. Y sucedía todo.

Una espiral sin fin. Larga e inconclusa. Infinita seguramente.

— ¡Adiós!

HABLA… MENTE (II)

Empezó todo, sí.

Les expliqué, a mis criaturas, las razones.

Les dije el por qué.

Era una ley natural en todas las creaciones: la supervivencia.

Pero no les dije, claro, que en aquella aventura de subsistencia que íbamos a emprender, llevaba implícita mi venganza.

¿Para qué tenían que saberlo?

Les bastaba que yo, Mente, hubiese encontrado una pronta y efectiva solución al problema que amenazaba con extinguirles.

— *¿Y los humanoides?* —me preguntó mi fiel Craig.

—*No son obstáculo* —le contesté.

Y no lo eran con relación a mi proyecto.

No lo son, de veras.

Les conozco demasiado bien.

Fui creado con ellos. De su misma naturaleza aunque con poderes infinitos, claro. Quien los hizo no podía pensar en lo que luego habría de calificarse como *mi rebeldía* y que había de desembocar en mi expulsión. No fui concebido como desidente, claro.

Tampoco Caín fue engendrado para matar a Abel.

Aunque yo, desde lo alto, nunca me he atrevido a calificar de *malo* a Caín. La culpabilidad es relativa. Lo es todo, en realidad.

— *¿Estás seguro de ello?* —insistió, respetuoso pero alerta, Craig.

—*Por completo.*

Los humanoides son terriblemente débiles. Son frágiles como frágil es su condición. Por muchas cosas. Por su propia egolatría, por su apológico endiosamiento. Por sus continuas alabanzas y su propio loor. No se rebelan

mirando hacia lo alto porque poseen un elevado nivel de cobardía. Han querido conocer el miedo y usan de él en su perjuicio. Y en el de los demás.

Porque conocen también el odio y lo barajan con el miedo.

De entre el miedo y el odio surgen muchas de las caóticas reacciones de los humanos. Se temen entre sí —miedo ancestral de unos a otros— y eso les lleva a destruirse.

Cada uno de ellos quiere ser el único inteligente, el único poderoso, el único que ame, el único que esté en lo alto del podio del poder. Y se matan. Poco a poco. Vienen destruyéndose metódicamente desde el mismo día en que fueron creados.

Quizá por todo eso Caín mató a Abel.

Guerra. Ellos, le llaman *guerra.*

Y el que vence, sino el mejor, si es el más poderoso.

Hace ya siglos, algunos de los llamados filósofos, librepensadores, eruditos, sentenciaron que las guerras eran necesarias: *necesarias para la propia supervivencia.* Necesarias para contener el alarmante aumento del índice demográfico.

Ahí está la prueba más palpable de la estulticia de los terrícolas. Sus grandes sabios no encontraron mejor panacea para la continuidad del mundo que la sistemática, parcial y hasta controlada destrucción de los más débiles... o de los más peligrosos.

Guerra.

Según los filósofos, los sabios, la Guerra contribuye al progreso. Estimula el ingenio, aguza más la inteligencia, hace que esta estalle con toda su grandiosidad dando paso a lo que ellos llaman inventos.

Megalomanía de poder, es como deberían llamarle.

¿O acaso no son capaces de inventar en paz, de controlar en paz su propia expansión sin necesidad de tener que matarse?

—*Son estúpidos e imperfectos, Craig* —le dije.

Ahora, sus máximas ambiciones, están centradas en lo que llaman Conquista del Espacio.

Dos potencias asumen esa magna empresa en nombre de los demás países de la Tierra. Pero con enorme desconfianza.

Con temor mutuo.

Con odio.

Aunque se reúnan alrededor de pupitres a discutir sus estrategias, sólo piensan en cómo anticiparse al otro. En como desbancarse.

Esa debilidad, ese odio, esa abierta facilidad que tienen para la lucha —la Guerra— y la destrucción, será *mi* arma.

Yo, Mente, haré que se destruyan.

No todos.

No todos necesariamente.

Porque yo he planeado una especie de fusión entre la Tierra y Disidente. Mi planeta, el planeta que pronto tendremos que abandonar para trasladarnos al de los terrícolas. Y en esa fusión, nosotros seremos los dueños. Los poderosos...

Esa es *mi* venganza.

Pienso que aunque tratara de obrar por medios pacíficos no conseguiría gran cosa.

No, porque ellos no aceptarían como amigos a unos entes que llegasen procedentes de otra galaxia.

No quiero, de todas formas, vivir en paz con los humanoides.

Los que sobrevivan —todo está previsto— serán nuestros... ¿esclavos les llaman ellos? Sí así les llaman, serán nuestros esclavos.

No hay problema.

Ya he dicho que todo está previsto.

Bueno... debo confesar, admitir, que no todo.

Hay un problema, sí.

Y ese problema, ese único problema, tiene nombre propio: AUREA.

Aurea es... *mi* problema.

Aurea es la disidente de mi propia Creación.

Aurea se ha revelado.

Contra mí, contra Mente, sí.

Piensa que es la única capaz de concebir una existencia sin violencias en todo el Universo creado y en los Universos que se puedan crear.

¡Estúpida!

Pero ahora, hoy, Aurea es algo más que un problema.

Es un peligro. Un peligro latente, constante, que atenta contra mi proyecto.

Ha desaparecido con un grupo de imbéciles sediciosos.

Pero acabaré con ellos como exterminaré de la faz de la Tierra a buena parte de los humanoides.

¡Aurea...!

— *¡Aurea! ¿Dónde estás, maldita?*

Debo concentrarme para localizarla. Sé que se halla en algún lugar del Espacio, que se está concentrando en algún punto del Tiempo para, ¡pobre ilusa!, iniciar la batalla contra mí.

Es necesario que solucione este problema.

Ahora.

Ahora que las primeras naves de mis entes creados han partido para estacionarse en el cosmos, cerca de la Tierra, no puedo permitir que Aurea siga su loca carrera de rebeldía contra mí.

Aurea... debe morir.

Tengo que reducirla a polvo.

Como a una mayoría de los terrícolas.

Tengo que concentrar todo mi poder, el infinito poder de Mente, para localizarla.

Y desintegrarla.

— *¡Aurea! ¿Dónde te hayas, mi pequeña y maldita disidente?*

Siento terribles y lacerantes dolores a causa del tremendo esfuerzo de concentración que estoy realizando. Mis células se sobreponen y convergen hasta convertirse en una sola.

Estoy buscándola.

Busco a Aurea.

— *¡Pero...! ¿Qué estoy viendo? Es ella..., ¡es Aurea!*

Allá abajo, cerca de la Tierra. Su nave está detenida por encima de la ionosfera terrestre. Y... ¿qué es ese borrón...? ¡Un terrícola! ¡Aurea se está poniendo en contacto con un humanoide!

Pobre Aurea.

Pobre ilusa.

—*Te lo has buscado, pequeña. Serás la primera, Aurea. Tú, estúpida rebelde. Tú que has querido disentir como yo sin pensar que en todo lo Creado y lo que está por Crear sólo puede existir un disidente, sólo UNO. Voy a pulverizar tu nave con ese insignificante terrícola a bordo. Porque sólo debo quedar yo, el ÚNICO disidente. Yo y mis seres. Aquellos que me sean fieles. Exterminando a cuantos traten de rebelarse a mí poder.*

Sólo uno.

Sólo yo.

Sólo Mente.

— *Voy a reducirle a polvo, te voy a devolver a la nada de que fuiste creada, Aurea. Las naves ya se están acercando para tomar posiciones y apoyar la primera fase del proyecto. Un proyecto que se iniciará dentro de pocas fechas. Y no voy a correr el menor riesgo, no. Del éxito depende la subsistencia de mis entes y la cristalización de mi venganza contra el que me condenó a vagar como un apátrida del Universo por los confines perdidos del Infinito. No puedo correr nesgo alguno, no. Ni vacilar lo más mínimo, tampoco. Sí, Aurea, sí. Te voy a destruir.*

Independientemente de que se ha convertido en un gravísimo obstáculo con respecto al triunfo final de mi gigantesca aventura, de mi proyecto, tendría que deshacerme igualmente de ella.

Tendría que reducirla a nada.

Por muchísimas razones. La principal, dejando a un lado el proyecto que me ocupa, evitar semejante

precedente.

Seguir manteniendo mi férreo principio de obediencia y disciplina.

Y ella, Aurea, se niega a obedecer,

Me niega la sumisión que me debe por el hecho de ser su Creador.

Tengo que hacerlo, sin más.

Porque cuando mi dominio se extienda definitivamente sobre la faz de la Tierra, sólo debe existir un ser supremo.

Un único ser supremo.

Yo: Mente.

Aurea debe morir,

—Pero antes, voy a infiltrarme en tus elucubraciones. Voy a escuchar lo que le dices al terrícola. Lo que pretendes de él. Voy a saber tu proyecto. Ese proyecto que disiente del mío.

Después, inmediatamente después, Aurea morirá.

Morirá, sí.

Desaparecerá para siempre.

CAPÍTULO II

-¡Hola!

Bien mirado, y bien no pensado porque él no podía pensar, tampoco era tan malo el no vivir.

No se estaba tan mal en aquella otra dimensión.

— ¿Se siente bien, señor Lambert?

¡Vaya! Y además, en aquel apartado ignoto del Universo, fuera del Tiempo y del Espacio, la gente era educada. Le habían llamado… «señor», ¿no?

Walt parpadeó.

—A lo peor sigo en el mundo, en mi mundo, que forma parte del Universo… —la vio, vio a la chica, exclamando tras unos instantes de sorpresa y silencio, de asombro contenida—, ¡Válgame el cielo! ¿De qué galaxia sales tú, preciosa? ¡No me lo digas! Tú eres «miss Infinito 2287» y estás recorriendo los confines del Universo para…

—Me llamo Aurea. ¿Recuerdas?

Se apretó las sienes con ambas manos.

—Tengo la cabeza como un bombo. ¡Te lo juro, princesa!, ¿has dicho…?, ¿Aurea? La de la llamadita de marras, ¿eh? ¿Y tú has sido la causante de este terremoto que…?

—Lo lamento de veras, señor Lambert —sonrió ella a modo de disculpa.

Walt la miró. Amplia y detenidamente. Aurea no podía ser de otro planeta porque sus características físicas eran del todo humanas. ¡Y qué características físicas! Era, de largo y sin lugar a la menor duda, la hembra más hermosa, bien formada, deseable y atractiva, que el periodista había visto en sus veintidós años de existencia planetaria.

—No podía acercarme más a la Tierra y he tenido que enviarle a través de una columna de iones un discoimán de transporte para luego proceder a la magnetotracción y trasladarlo aquí. Esa ha sido la causa de todas esas sensaciones extrañas que usted ha experimentado. Lo que ha definido como

terremoto. Lo que ha llegado incluso a pensar que era el fin del mundo.

La siguió mirando con profundidad. Con genuino estupor.

—Oiga, Aurea... —habló con precaución, silabeando lentamente—, ¿está insinuando que usted puede saber lo que yo pienso?

—Hace un momento me tuteaba, señor Lambert.

— ¡No puedo tutear a una mujer que es capaz de saber lo que yo pienso! ¡Usted es un peligro para mí! Usted ya sabe entonces...

—Que después de haberme mirado con largueza has deseado, fervientemente, hacer el amor conmigo.

— ¡Dios mío! Pero... ¿Y has hablado de una... *nave*? ¡Palabra que estoy hecho un lío! ¿Quieres explicarte de una vez —volvía al tuteo—, pequeña diablesa?

—Eso pretendo, Walter —sonrió, entreabriendo la húmeda y carnosa pulpa de que estaban formados sus rojos labios—. Pero no me dejas. ¿Quieres sentarte?

— ¿Sentarme...?

Escrutó a su alrededor. Y la sorpresa inicial, al percatarse ahora con detalle de su entorno, fue *in crescendo.*

Se trataba de una estancia geométricamente circular, esférica mejor, con un diámetro aproximado de treinta metros. Aquella pulida circunferencia que formaba la única y prolongada pared, sin puerta, al menos con visión aparente, era de color grisáceo y totalmente lisa. Concéntrica al eje y equidistante, otra circunferencia achatada, plana y situada horizontalmente, cumplía —así lo admitió Walt— las funciones de mesa, pero sin patas, sin ninguna prolongación inferior que la conectase al supuesto suelo. Se mantenía en el vacío, o lo que fuese, merced a una fuerza invisible, a una extraña variante de la ley de la gravedad.

Alrededor de la sorprendente mesa había varias formas a manera de «4», que debían considerarse sillas. Sin patas también, por supuesto.

Mirando una de aquellas formas con precaución y después de percatarse de que Aurea había tomado asiento en una de

ellas y se mantenía en el aire, cómodamente, la imitó.

Volviendo a mirarla una vez más.

—Eres preciosa, princesa. Y ahora, espero que empieces diciéndome que eres un ser horroroso de otra galaxia que has tomado forma humana para no asustarme...

—Soy, casi terrícola, Walter. Uno de los resultados que hace aproximadamente veinte años obtuvo el cerebro rector de mi planeta, de unas experiencias realizadas en la Tierra.

— *¿Tu...* planeta? ¿Qué planeta?

—Disidente.

— ¿Disidente? ¡Tiene gracia! ¿Dónde queda eso?

—A muchos millones de años luz de aquí. Walter... —Aurea le miró a él, intensamente, ahora. Para preguntar: — ¿Eres capaz de tomarte en serio algo importante y grave?

El periodista lanzó una sarcàstica carcajada.

— ¡Por favor, pequeña, por favor! ¿Crees que en estas circunstancias puedo tomarme algo en serio? Hace poco rato estaba en la Tierra, el Sol ha estallado encima de mí, me he perdido fuera de la noción del Tiempo, he creído desaparecer íntegramente en la nada... ¡y ahora amanezco en una nave que comanda una chica preciosa, que se llama Aurea, que lee mi pensamiento y que procede de un lugar a muchos millones de años luz de aquí que se dominaba Disidente! ¿Piensas que me lo puedo tomar en serio?

—Te he dicho en mi llamada, ¿recuerdas...?, que si deseabas que tu mundo *siguiera existiendo* teníamos que hablar tú y yo. ¿Recuerdas?

— ¡Ahá! ¿Y...?

—La Tierra está en peligro. Más que eso, sus habitantes. Vosotros los humanoides.

— ¡Ah...! —siguió en línea escéptica—. ¿Y quién es ese señor tan malo que nos va a exterminar?

—Mente —pronunció Aurea con voz helada. Tan helada que cada letra de las que formaban la palabra pareció quedar suspendida, latente, visible, en el ámbito de la esfera.

— ¿Mente...? ¡Al menos el nombre es original!

—Creo que me he equivocado contigo, Lambert. Pensaba

en un hombre inteligente y veo que...

—Por favor —la atajó él—, perdóname. Y sigue, te lo ruego. ¿Quién es Mente?

Aurea, con brevedad pero también de forma concreta y especifica le explicó quién era aquel ser poderoso, aquel rebelde de la Creación original. Le habló de su interminable éxodo por los espacios siderales. De la reencarnación de su poder y fuerza. De cómo y por qué había llenado la vida Disidente.

Walter Lambert, redactor jefe del *Space Herald,* parecía tomarse el relato de la mujer con atención, interés y seriedad. Casi con preocupación, diríase. Y sobre todo, además de escucharla casi devotamente, no dejaba de profundizar en la insólita belleza de la hembra, no dejaba de extasiarse en la maravillosa perfección de su estuche físico.

Aurea, fuese humana o no, era bellísima.

Morena, bronceado el óvalo suave de su tez. La elipse de sus órbitas era magistral, perfecta, rasgada, apropiándose de la movilidad de unas relucientes esmeraldas, chispeantes esmeraldas, porque esmeraldas parecían sus diáfanas pupilas. La nariz consistía en una pincelada exacta de perfección, breve, modélica, que aleteaba encima de una herida carnosa roja, frutal, excitante, formada por sus labios de sensual trazado. El contorno de su figura armónica, escultórica, resultaba ser la fusión geométrica de curvas y rectas, de sorprendentes entrantes y dulces salientes, ceñidos todos por una ajustada y brillante sola pieza de color azul celeste, tenue, con botonadura exterior de tonalidad oro.

Aurea... ¡qué maravilla de mujer!

Qué decía ahora: a languidecer en Disidente y acabaron por morirse. Primero se pensó en una epidemia o en una plaga de insectos que afectasen a esos vegetales. Nuestros científicos se encargaron pronto de concretar la gravedad de la cuestión: *el oxígeno se iba extinguiendo paulatinamente.* Se estableció un cálculo de vida, aproximado, de lo que vosotros definiríais en medida de Tiempo como un año y medio.

Walter la interrumpió por primera vez:

— ¿Debo entender que vuestras condiciones de vida son

igual a las nuestras?

—Muy parecidas, sí —cabeceó Aurea.

—Sigue…

—Mente comprendió el ultimátum: *su* planeta estaba llamado a desaparecer; o al menos, la vida sobre él. Cayó en trance. Más que dolor era rabia y hasta puede que impotencia. Pánico a una segunda y definitiva condena. Poco le importaba lo que pudiera sucedemos a nosotros, a *sus* entes creados. Pero necesitaba hacer de nosotros bandera de su venganza, de su rabia y de su odio. Pensaba en la Tierra… Reunió al Consejo Superior General y les expuso la única posibilidad: trasladarse a vuestro planeta. Obvio que los humanoides, de ser consultados, no iban a aceptar esa posibilidad que para ellos entrañaba un gravísimo peligro. Mente, partiendo de esta teoría, habló de invasión. De exterminio. No de un exterminio total porque se necesitaría de los terrícolas en muchos aspectos y facetas para lograr la plena adaptación de nosotros a vuestro medio ambiente. Pero el proyecto admitía la aniquilación de las tres cuartas partes de la especie humana.

Walter Lambert, en aquel momento, no hubiera sido capaz de reírse ni escuchando el chiste más gracioso de todos los tiempos.

Porque tenía las mandíbulas tan apretadas, tan fuertemente encajadas, que le causó dolor el separarlas para preguntar:

— ¿Cómo…? ¿Cómo va a llevarse a cabo ese parcial exterminio?

—Mi poder de concentración no me ha permitido todavía llegar hasta lo más recóndito de Mente y leer. No lo sé con exactitud. Pero me temo que no será esa supuesta lluvia radioactiva, o de rayos destructores que cae del espacio, no. Correría, entonces, el riesgo de destruir la superficie y sus instalaciones. Mente es más sagaz, mucho más complicado… ¿cómo te lo diría aplicando una palabra gráfica de vuestro lenguaje? ¡Ya! ¡Sofisticado! Y cruel también.

— ¿Cómo sois vosotros realmente, Aurea? Me refiero a vuestra apariencia externa…

—Por lo que a mí respecta —le dedicó una dulce y

exquisita sonrisa—, ya te he dicho antes que soy, prácticamente, humana. Si exceptúas mi mecanismo intelectual, claro. Mi cerebro. Estoy dotada de los mismos poderes, superiores incluso, que los entes creados por Mente. Con la radiación que despide mi Energía al concentrarse en un hecho determinado, puede obtener resultados que te causarían espanto.

— ¿Qué clase de experiencia determinó tu vida, Aurea?

—Mente, hace como unos veinte años, y a causa quizá de un chispazo premonitorio, envió una reducida avanzadilla a la Tierra. Una nave con seres de exteorización humana, hombres y mujeres, que se integraron en la vida humanoide manteniendo contactos a todos los niveles, tanto en lo laboral, social, político como en lo meramente físico. Yo soy el resultado sexual de uno de esos experimentos. Todas las personas que mantuvieron contactos o se conectaron con los entes enviados por Mente, murieron en circunstancias misteriosas pero humanamente explicables.

—Creo que entiendo —musitó Walter. Y mirándola con inquietante fijeza, le preguntó—: ¿Y por qué me has contado todo esto? ¿Por qué me has elegido a mí, Aurea?

— ¿Dudas de mi integridad?

— ¡No es eso, princesa! Pero debes admitir que por crédulo que sea uno que aun aceptando el hecho de que estoy en una nave, de que escucho tus palabras, se hace extraño, complicado…

—Entiendo. Yo, Walter, disiento de Mente. Quizá por mis connotaciones terrícolas… Pero fundamentalmente porque soy enemiga acérrima de la violencia, porque desde hace años vengo defendiendo la tesis de un Universo en paz, de una convivencia plácida entre los mundos habitados de todas las Creaciones. Por eso me he puesto en contacto contigo, porque quiero contribuir a evitar ese exterminio parcial de tu raza. ¿Por qué tú precisamente? Te lo he insinuado: he penetrado en tu aparato intelectual captando el grado de tu inteligencia. He valorado también tus relaciones como periodista, tu conexión con personajes importantes de la existencia humanoide…

—Frente a ti, Aurea... —murmuró el periodista—, me siento como desnudo. ¡Yo que siempre me había preciado de intuir la manera de obrar y pensar de las mujeres! Y ahora tú, desnudas mi cerebro y sabes de mi más que yo mismo.

—No voy más allá de donde debo ir, Walter. ¿Me crees?

Miró aquellos ojos que relucían como esmeraldas.

—Te creo, princesa. ¿Sabes lo que es la princesa de un cuento de hadas?

—Se trata de un sistema didáctico infantil que se empleaba hace muchos años con los niños de tu planeta.

— ¡Exacto! Pues tú eres como una de aquellas bellísimas princesas.

—Gracias.

Walter, exclamó, de súbito, dando un giro total al diálogo:

— ¡Sé mucho y es como si no supiera nada! Soy consciente de la amenaza de un exterminio pero no tengo ni idea de cómo, cuándo, ni del sistema que se va a utilizar.

Miró a Aurea esperando sus palabras. Su respuesta a la incógnita.

Ella, aunque estaba con los ojos muy abiertos, parecía no verle.

Sus pupilas, miraban sin mirar. Estaban como muy lejos de allí. Buscando un símil terreno. Walter pensó que estaba como un trance hipnótico.

Pasaron varios segundos, minutos también. El periodista no hubiera sabido decir con exactitud, cuántos, en el momento que la oyó pronunciar:

— Dentro de tres días se efectuará el lanzamiento de una cosmofotonave denominada «Buspace I» con destino a Mercurio. Viajarán en ella cosmonautas y personal científico de la «Confederación Espacial Cosmicoterrestre», con la única misión de explorar el planeta y emitir un informe acerca de las posibilidades de vida allí., o concretando la existencia de seres si los hay. Esa misión la llevará a cabo la Secretaría Galáctica de Estados Unidos. Tanto la inversión económica, como el material técnico como el humano, son responsabilidad y aportación íntegra del Gobierno estadounidense.

Walter Lambert estaba, literalmente, boquiabierto.

— ¡Aurea... —titubeó—, Aurea! ¿Cómo has podido saberlo?

— ¿Te he hablado de mi Energía y de mi poder de concentración, no? Aún puedo realizar actos que te resultarían mucho más asombrosos.

— ¿Y por qué *ese,* ahora?

—He obtenido apenas un fugaz reflejo del aparato pensante de Mente. Y eso significa que su proyecto tiene conexión con el lanzamiento de esa nave desde la Tierra a Mercurio. Walter...

— ¿Sí?

—Tienes que convencer al Gobierno de tu país, y éste a los restantes del mundo, de cuanto te he explicado.

— ¡Será muy difícil! Por no decir imposible.

—Tienes medios para ello. Has de agotarlos. Has de luchar hasta el fin. Tus amistades, tus relaciones, contactos... Todos. Debes acudir a todos y cada uno de ellos. Y de lo primero que has de convencerles es que impidan, o al menos pospongan, el lanzamiento de ese artefacto.

— ¿En virtud de que razón?

—En virtud del peligro que significan las naves de Mente que estén situándose en las inmediaciones del cosmos terrestre.

— ¡Aurea, Aurea, por Dios! Tú te dices humana y tu intelecto no lo es. Y me parece que desconoces...

—No. Walter, no. Sé bien como son los humanos. Pero no tengo tiempo de operar en sus cerebros y cambiarlos. Lo has de nacer tú... *lo hemos de hacer los dos.*

— ¿Tú... conmigo?

—Estaré contigo todas las veces que me necesitas. Ya sea introduciéndome en tu complejo psíquico, ya sea trasladándome físicamente a tu lado. Hemos de conseguir que tus congéneres admitan el peligro que Mente representa para la Tierra y se apresten a combatirlo.

— ¿Y no existe en medio de... *de exterminar a Mente?*

—Llevo tiempo concentrándome en ello pero no encuentro la conducción. Walter, es hora de que te magnetoimpulse a la Tierra. Voy a fijarte el discoimán...

Coincidiendo con aquellas palabras de la bellísima Aurea

sucedió algo que dejó al periodista por encima de la estupefacción.

En la estancia circular donde se hallaban hombre y mujer no se veía puerta alguna ni señal de que ésta pudiera existir. Ni fisuras en la superficie, ni conexiones, ni nada.

Pero un ser, como caído de alguna parte, como nacido allí mismo, convirtió en terceto lo que hasta el momento había sido pareja.

Un hombre.

Porque a los ojos de Walter, excepto por su insólita manera de aparecer, aquel tipo era humano.

—Estamos en peligro, Aurea —anunció escueto.

— ¿Mente…? —inquirió ella.

—Es de suponer. Dos cabezas desintegradoras viajan hacia nosotros a una velocidad media de dos mil quinientos espaciales. Las tenemos localizadas en los cuadrantes AZ y BC. Tardarán como doce revoluciones en darnos alcance…

¿Espaciales? ¿Revoluciones? ¿Cómo medían aquella gente el tiempo y la distancia?, se preguntó para sus adentros, el periodista. Si le contaba todo aquello a alguien lo iban a sepultar en la celda de un Centro Psiquiátrico bajo siete llaves y amarrado con cien cadenas.

¡Y Aurea quería que convenciera a sus congéneres…!

— ¿Posibilidad de destruirlas?

—Sólo anulando su fuerza de impulsión, Aurea. Y Magna no ha conseguido localizar la referencia de expedición. Ignoramos de dónde provienen.

—Bien —asintió la hermosa hembra sin inmutarse. Agregando como si se tratase de lo más lógico y natural—: Voy a proceder a una mutación de nuestra estructura en el Tiempo-Espacio. Desapareceremos en el Pasado. Avanzar en el Futuro podría ser peligroso.

—Como tú digas —y desapareció como había llegado.

—Aurea…

—Tranquilo. Walter, no sucederá nada.

— ¡Si yo viajo al Pasado no estaré vivo!

—Te sumiré, como decís vosotros, en estado de

hibernación.

Y los ojos de la hermosa princesa de un cuento de hadas del siglo humano, XVI, XVIII o XX, dilató sus esmeraldinas pupilas dando la sensación de que éstas huían de las órbitas.

Walter hubiera jurado… ¡qué las estaba viendo salir!

Y de súbito, su cuerpo se estiró al compás de una extraña vibración. Notó la gélida llegada de una corriente glacial que aletargaba su cerebro Y cuando quiso darse cuenta no podía pensar. Ni moverse. Ni abrir los labios.

Creyó que la esfera giraba a velocidad de vértigo, como una noria alucinante, perdiéndose por el interior de un profundo cráter de tinieblas del cual emanaba un poder succionante que tiraba de ella hacia dentro.

Walter Lambert, redactor jefe del *Space Herald,* no fue consciente de que volvía a perderse en el Tiempo. Jamás podría describir en las páginas de su periódico la metamorfosis experimentada por su naturaleza en aquel increíble traslado.

No podría alardear, tampoco, de ser el único ser humano convertido en viajero en el Tiempo.

Aunque pudiera… ¿le habría creído alguien?

HABLA… MENTE (III)

Temía que eso ocurriera, sí.

Es más, casi estaba seguro de que Aurea iba a eludir esta primera tentativa por destruirla.

De todas formas, Craig, a veces, no pasa de ser un simple estulto. No se esfuerza lo más mínimo en utilizar su cerebro. No piensa por él mismo. Se limita estrictamente a cumplir órdenes. Inhibiéndose de cualquier iniciativa. Evitando asumir cualquier tipo de responsabilidad personal, por insignificante que ella sea. Como dirían los humanoides: no se complica la existencia.

Tampoco me conviene que piense demasiado, que tome decisiones por su cuenta. Porque entonces sucede lo que con Aurea.

Aurea...

Me irrita que haya conseguido burlarme, sí.

De no haberlo hecho, me habría decepcionado. Habría sido una muestra de que en algo había fallado yo al dotarla de un aparato intelectual muy parecido al mío, de una Energía muy similar.

¡Maldita disidente!

—*Se nos ha perdido en el Tiempo* —me dice Craig, con expresión estúpida. La que le corresponde, desde luego. Pero es fiel, sumiso y obediente. Se dejaría despedazar vivo por defenderme y eso es lo que cuenta. Añade: *—Está ahí, ¡sé que está! En la situación exacta que habíamos calculado. Las coordenadas distancia-destino de las cabezas desintegradoras eran correctas... ¡pero ella se ha camuflado en el Tiempo! Se halla en el mismo punto del Espacio pero en otro Tiempo. ¡Ha viajado al Pasado! ¿Me das permiso para que yo la...?*

— ¡No! Permiso denegado, Craig. Tenemos cosas mucho más importantes de que preocuparnos.

— ¡Pero Aurea puede convertirse en un grave

obstáculo a tus proyectos!

– Ya lo es. Y nos desharemos de ella. En su momento, Craig. En su momento.

— ¿No has dicho antes que exterminarla era asunto prioritario?

— ¡En su momento, Craig! Acaba de perder la prioridad. Aurea será muy peligrosa, pero no lo es ahora, no en este instante. Está sentenciada y morirá. Pero primero hemos de ocuparnos de la destrucción de ese artefacto que van a lanzar los terrícolas,

– Todo está dispuesto al respecto, Mente.

—El lanzamiento, en unidad-tiempo terráquea, será dentro de tres días. ¿Funciona el plan conforme a mis instrucciones, Craig?

—Te lo he dicho antes. Sí. Tenemos cinco naves distribuidas alrededor de la Tierra a tres cuadrantes por encima de su órbita, debidamente camufladas para que no pueda detectarlas ningún instrumento humanoide. Dos de ellas ofrecen la estructura externa de una astronave de guerra «Soyuz G-XV», de las que fabrican los... ¿cómo se llaman?

—Soviéticos.

— ¡Ah, sí, soviéticos! Pulverizarán el artefacto terráqueo con una descarga de radiaciones termolax.

—Eso será, ¡no lo olvides Craig!, cuando el «Buspace I» haya abandonado la órbita terrestre y asiente el rumbo en la suya propia.

—Así se hará, Mente. Te mantendré informado. Y trataré, no obstante de localizar a Aurea. Tengo en eso a dos magnetocomputadoras.

—Bien, Craig. Puedes retirarte.

Aurea...

Su nombre, sin yo desearlo, hace zozobrar unos instantes mi Energía.

Debo dominarme, sí.

Evitar que me obsesione.

Mi Energía y mi Poder no pueden obnubilarse,

ofuscarse, frente a un átomo fugaz de mi propia unidad de Tiempo.

Ella, no debe ser algo trascendental para mí.

Sólo, una vulgar disidente a la que debo trasladar a la nada.

Eso. Sólo eso.

Yo, existo desde siempre.

Ella no es más que una pasajera en mi existencia. Un producto de mi Poder y perfección.

Aunque no quiero, me preocupa el hecho de sus connotaciones terrícolas. No debí perfeccionar su aparato intelectual ni dotarla de tantos poderes.

Ya es tarde para lamentarse.

En su momento, la destruiré.

Debo ocuparme del humanoide. Centrar en él mi atención. En esa larva insignificante a la que Aurea ha transmitido algunos detalles de mi proyecto invasor y de parcial exterminio.

Debo concentrarme en él y obstaculizar su labor.

Pienso que nadie de los suyos le creerá. Pero no debo, tampoco, fiarme excesivamente del escepticismo humano. Tienen reacciones imprevisibles. Reacciones que ellos mismo ignoran.

Fruto lógico de su imperfección, de sus impurezas psíquicas, de su carencia de autocontrol.

Se llama Walter Lambert y es periodista.

Le tengo localizado, sí.

Su debilidad mayor: la hembra. Tendré en cuenta ese importante detalle.

Está pensando...

Piensa, sí.

Pero de forma atropellada y confusa. Los hechos han alterado su función psíquica a causa, principalmente, de la actuación de Aurea, transportándolo primero, hibernándolo después y devolviéndolo finalmente a su lugar y Tiempo. Demasiadas emociones juntas para un cerebro humanoide.

Muy confuso está el tal Lambert, sí.

Pero piensa. Y duda.

Admite la veracidad de todo lo sucedido, pero en el fondo, late la duda.

Si puedo evitarlo, por ahora, no lo destruiré. No es momento de que se produzcan sucesos extraños, inexplicables, que de una forma u otra puedan alertar al espécimen terrícola. Bastará con interferir su labor.

Voy a entrar en su cerebro. Necesito identificarme más. Saber cómo piensa actuar. Lo que hará.

Lo capto muy débilmente. La señal que emite es difusa. Y, confusa también. ¡Pobres desgraciados! No emiten fuertes radiaciones. Lambert tampoco. Y eso que su cerebro, en el catálogo humanoide, es de los privilegiados. La capacidad mental de todos ellos es muy corta, incluida la de ese individuo.

Debo activar mis células.

¡Ahora! j

He entrado en su cerebro y leo un nombre: Robin Howard.

Un amigo suyo. Un miembro de la Cosmopol. Piensa acudir a él.

Entiendo...

— *¡Craig!*

Se materializa al instante.

— *¿Sí, Mente?*

—Dispón dos hombres... Garko y Sensath, para viajar a La Tierra en misión especial. Y la mujer más hermosa de que dispongamos a bordo.

—Marka...

—Que se materialicen en mi presencia. \

Aparecen.

Me limito a mirarles con mi aparato intelectual. Mi Energía está trabajando en sus complejos intelectuales. Sólo han transcurrido tres segundos y ellos ya saben el cómo y porqué de su misión.

—Magnetrotrasládalos, Craig.

—Al momento. Mente. '

Bastará, por ahora, con sabotear a Lambert. Con obstaculizarlo.

Una vez desintegrado el «Buspace I» y conforme avance nuestro proyecto, decidiré respecto a él. *

Quizá pueda serme útil si decido intervenir su psiquis.

Quizá...

CAPÍTULO III

Walter Lambert, al recobrar su correcta ubicación en el Espacio-Tiempo hallándose, incomprensible y cómodamente sentado en el interior de su aerovía, entendió que por encima de todo y antes que nada, debía hacerse a su propia realidad.

¿Realidad?

Sí, admitió, realidad. Porque él no estaba loco, su equilibrio mental era correctísimo, y en consecuencia, los hechos acaecidos eran totalmente verídicos. Eran, sí, su propia realidad. La realidad que tenía que admitir como punto de partida.

Tomada la debida consciencia de los hechos vividos... ¿vividos?, tenía que trasladarlos a quienes, como él, estaban amenazados por un terrible peligro de extinción.

Tres cuartas partes de los humanos estaban sentenciados por un ser poderoso de otra galaxia, llamado Mente.

¿Mente...? ¡Qué extraño! ¿Por qué se llamaba Mente? ¿Y qué importancia podía tener cómo se llamara o dejara de llamarse?

—Me parece que empiezo a tener filtraciones en la «azotea» —trató de sonreírse—, ¡Y no es para menos, bien mirado! Con un montón de miles de millones de seres humanos... ¡y tengo que ser yo precisamente! Y puede que el día de mañana, el año de mañana o el siglo de mañana, ¡ni me lo agradezcan tan siquiera! Seguro que la historia de la humanidad no tendrá ni una breve cita con mi nombre. ¡De desagradecidos el cosmos está lleno! Bueno, a lo peor no podrán recordar mi apellido porque ese reaccionario llamado Mente... bonito nombre, ¿eh?, nos habrá convertido en perritos falderos. A mí, si es tan gentil de destinarme al servicio de una hermosa hembra, tampoco lo pasaré mal. En fin, ironías aparte, tengo la obligación de evitar, según Aurea y por la cuenta que me trae, que nos conviertan a todos en felpudos y esclavos de esos alienígenas... ¡Hombre, si todos son como Aurea! Todas, claro.

En fin...

Aurea...

¡Qué maravilla de mujer!

Walt Lambert, en medio de aquella divagación entre absurda, inhibitoria y cómica, puede incluso que el fondo dramática, se puso tenso, casi rígido, al oír con toda nitidez la voz de ella, de Aurea, repitiendo un interrogante que ya había formulado a bordo de la nave:

—« ¿Eres capaz de tomarte en serio algo importante y grave?»

El periodista, pegando un respingo, miró en derredor.

Nada.

La vegetación agreste y lujuriosa, los árboles de gruesos troncos y nervudas ramas, aquel claro marronáceo enmarcado por ellos...

Nada.

— ¡Aurea! —gritó, como esperando que ella le oyese. Como esperando respuesta a su llamada.

Oyendo, como en *off:*

—«...algo importante y grave.»

Importante y grave.

Volvió a sus meditaciones tras convencerse de que estaba totalmente solo en aquel desértico paraje.

Importante y grave, sí.

Se acercaba un apocalipsis.

Invasión y parcial exterminio...

Aurea tenía mucha razón. Toda la razón del universo. Muchísima razón.

Pero... ¿qué argumentos iba a utilizar? ¿Qué pruebas sólidas, tangibles, humanas por así decirlo, podía exhibir, aportar, para afianzar la credibilidad de su relato?

Lo del manicomio — ¡mal mirado desde luego!— podía acabar siendo una triste realidad.

Trágica realidad. Tan trágica como aquella que encarnaba un personaje llamado Mente y sus entes creados.

Tenía que intentarlo. Fuera como fuese.

Porque todo era verdad. Terrible verdad.

¡Porque Aurea existía!

Más animado por aquella final autoarenga, excitado inclusive por la necesidad urgente de actuar ya, Lambert se puso en acción.

¡Aurea existía, sí!

Y no se había molestado en efectuar todo aquel montaje persiguiendo un impacto exhibicionista de sus poderes que ella para nada necesitaba. Más bien, Aurea, se había arriesgado en su intento de alertar a los terrícolas… arriesgar quizá era relativo si se consideraba el enorme poder de su Energía, la gama sorprendente e insólita de sus inverosímiles recursos, la Fuerza de su aparato pensante; bueno, de una forma u otra, con riesgo o sin él, que en el fondo sí lo había, Aurea había venido como un ángel de la guarda para los humanoides.

— ¿Ángel de la guarda, eh? —habló en voz alta—. ¡Walt, Walt…, que te fallan los motores! ¿A quién pretendes convencer con esa historia? Es real, es verídica, pero… ¿de veras piensas que alguien la va a aceptar?

¡Había que intentarlo!

Por la propia humanidad.

Por Aurea incluso.

Walt se puso en marcha, ya.

Activó el funcionamiento del aeromóvil ascendiendo al cuarto circulatorio. Fijando el rumbo y programando la dirección destino frente al edificio flotando de la Cosmopol.

Robin Howard era el gráfico «clavo ardiente» al que tenía que agarrarse en su hipotético naufragio en el mar de la incomprensión y el escepticismo humanos.

Su única y mayor esperanza.

Su íntimo amigo Robin.

Por vínculos de infancia, amistad y por su condición de miembro de la Policía del Cosmos, no había nadie más indicado que Robin Howard para escuchar su sorprendente historia.

* * *

Una vez aparcado su aerovehículo en la multiesfera de

estacionamiento situada anexa al edificio, que dividía sus plataformas circulares de admisión para aceptar desde pequeñas naves de caza ultrasónicas empleadas por los agentes de la Cosmopol en misiones rutinarias hasta voladores utilitarios como el tripulado por el periodista, Lambert descendió por dentro de un toboascensor hasta la puerta central de la enorme construcción.

La sede de la Cosmopol en Los Ángeles. California, se erguía magnificente en aquellos terrenos que años ha habían ocupado los florecientes estudios de la cinematografía, en aquel Hollywood americano y mundial a un tiempo, en la meca del séptimo arte, donde los sueños de un reducido número de privilegiados habían alcanzado rutilante esplendor y gloria, se habían hecho exultante realidad... mientras las ilusiones de una mayoría, las vanas esperanzas del efímero triunfo terreno, se habían ahogado y diluido para siempre dejando paso a la decepción, al alcohol, las drogas, la prostitución, la ruina física y moral, y por último el suicidio.

Dónde habían vivido platos, escenarios, cámaras, luces y millones de metros de celuloide, éxito y fama para pocos y tragedia para los más, se erguía, hoy, en pleno siglo XXIII, el impresionante edificio de la Cosmopol.

En el 2287 no quedaba ya ningún vestigio del rutilante estrellato de Hollywood, ni tan siguiera una fugaz visión de los bungalows y cottages que habitaron en su día los monstruos sagrados de la pantalla. Sólo historia. Y quizá, ni eso. Nombres como el de Clark Gable, Orson Welles, Henry Fonda, Warren Oates. Humphrey Bogart, Vicente Minnelli, Francis Ford Coppola. Rock Hudson y un larguísimo etcétera, no pasaban de ser curiosidades de una época, perdida en las páginas del olvido.

Lo que había solazado, deleitado, entusiasmado y apasionado al mundo en el transcurso de muchas generaciones, tan siquiera tenía hoy un lugar en el recuerdo.

Walter había estudiado algo sobre aquella historia como una más de las asignaturas absurdas y obligatorias que componían la licenciatura en Ciencias de la Información.

Asignaturas que luego, en la práctica, no servían para nada.

Pensó si pensaba en aquello para evadirse de otros pensamientos mucho más graves.

Importantes y graves.

Miró hacia arriba instintivamente.

La construcción era fabulosa. Cuadrangular. Con bastimento de aluminio ionizado y paredes transparentes de acero especial. Se mantenía en el aire por encima del último carril circulatorio urbano como si una mano mágica lo sostuviera. Sin base sólida, sin cimientos. La mano mágica era realmente un núcleo de energía cómica que circulando por el interior de unas toberas componía una invisible plataforma tan segura y sólida, tan firme, como la hubiera sido de asentarse en pilares incrustados en la tierra.

Cuando se hallaba a poca distancia de la puerta. Walt echó mano al bolsillo para extraer su credencial situado en el vestíbulo del edificio.

Avanzó, carnet en ristre, decidido.

Y los vio. Así de repente. De, súbito.

Abriendo mucho los ojos. Con genuina sorpresa. Con estupor.

Y... ¿por qué no decidirlo?, *con miedo.*

Porque Walter Lambert hubiese jurado y requetejurado que hacía un segundo, dos, tres a lo sumo, aquellos tipos no estaban allí.

No estaban, no. ¡Vive Dios que no estaban!

Porque él habla comprobado con una mirada que la distancia que le separaba de la puerta del edificio estaba totalmente desierta. Y hasta le había extrañado porque allí había el suficiente trasiego de personal como para que aquel sector estuviese, casi siempre, transitado.

Pero dos o tres segundos antes estaba desierto. No había nadie.

Nadie.

Walt había inclinado los ojos, instintivamente, hacia el bolsillo interior mientras buscaba la credencial, y al levantarlos, ya estaban ellos allí.

Los dos tipos.

Como caídos de una nube.

Pero él, Walter Lambert, sabía que no habían caído de ninguna nube.

Decidido, avanzó, haciendo como que los ignoraba.

— ¡Eh…! —exclamó uno de los individuos, dándole un codazo al otro—. ¡Mira! Es Lambert, el redactor jefe del *Space Herald.*

— ¡Sí…! —reconoció el otro. Y echó adelante una mano atrapando el brazo del periodista al tiempo que exclamaba—: ¡Señor Lambert! ¿No se acuerda de nosotros?

Era una mano férrea, brutal, presionante, con dedos que parecían garfios que se hincaban en la carne del periodista produciéndole un intenso dolor.

— ¡No los he visto en mi vida y ustedes lo saben! —escupió. Rugiendo—: ¡Suéltame ya, imbécil!

El tipo le miró desde el fondo de sus ojos extraños, muy claros. Tan claros que parecían no estar dentro de las órbitas.

—No grite ni insulte, Lambert. Queremos hablar con usted. Venga…

Entendía. Walt estaba entendiendo lo que aquello significaba. Y ahora estuvo total, completa y absolutamente seguro, de que todo, TODO, era real. Verídico. No había soñado nada. Aurea existía y su aviso era cierto, tan cierto, como que aquellos individuos de características humanas eran criaturas, entes de otro lugar en el espacio enviados para impedir que él, Walter Lambert, alertase a sus congéneres del horror que se cernía en torno al mundo humanoide.

—Está bien, está bien… —asintió—. ¿Pero le importa soltarme?

El individuo aflojó la presión de sus dedos férreos.

Entonces Walt le sacudió un punterazo en la boca del estómago.

— ¡Aaaag! —gruñó, doblándose ante la violencia del impacto.

— ¡Maldito! —bramó el otro tipo, abalanzándose hacia el periodista con una agilidad impropia de su envergadura—.

¡Ahora verás!

Walter sólo pudo evitar a medias la embestida. Su escorzo le salvó de recibir un demoledor trallazo en pleno rostro pero sí fue alcanzado en el tórax. Trastabilló atrás sintiendo retumbar sus vértebras y pulmones. Le faltaba el aire y acudían náuseas a su aparato digestivo.

Ahora un manotazo rebotó en su cara y mientras un vómito de bilis ensuciaba sus labios creyó volar como tres o cuatro metros por detrás suyo. El fulano cayó encima suyo, persiguiéndole en la caída, con ambas manos enroscadas férreamente en la garganta del periodista.

Lambert sintió que el edificio de la Cosmopol, gigantesco como nunca, giraba velozmente, igual que una peonza diabólica, a su alrededor. Que el acero de las ventanas estallaba en fragmentos y éstos iban a sepultarse en sus ojos nublándole la visión.

Un movimiento reflejo, cuando la asfixia de aquellas manazas se acentuaba amenazando mortalmente su existencia, le llevó a incrustar una rodilla en lo que suponía bajo vientre de su enemigo.

Nada. Ni se movió.

Walter, con las pupilas al borde de las órbitas, los labios amoratados, la lengua haciéndose áspera y enorme dentro del paladar, los pulmones al borde de la explosión y la Cosmopol viniendo encima de él, tuvo una fibra lúcida en su cerebro que le permitió pensar que era el fin.

Sin apocalipsis esta vez.

Su fin.

—Aurea... —dijo mentalmente.

—Estoy aquí, Walter. Contigo. Estoy aquí. Dentro de tu cerebro. Y ahora tienes una fuerza enorme, un poder destructor que nada puede detener. Mira a ese ente, míralo, ¡MIRALO! ¡PUEDES DESINTEGRARLO CON SOLO TU MIRADA!

Sus pupilas, instintivamente, sus pupilas que ya se caían afuera de las órbitas, por espacio de diez o quince segundos se quedaron fijas, clavadas, esculpidas, en la faz de aquella bestia que lo ahogaba.

Un aura azul zigzagueó en torno del ente. Envolviéndolo. Comprimiendo su enorme envergadura. Fragmentándola.

Hasta que de ella no quedó nada.

¡Había desaparecido!

Sus ojos, su mirada... ¡lo habían desintegrado!

No se paró a pensar ni se entretuvo monologando sobre la sorpresa. Había otro ente allí, esperando.

Y ya cargaba contra él.

Pero al percatarse de la volatilización de su compañero detuvo la embestida, se quedó unos segundos en suspendo, articuló:

— ¡Garko...! ¡Te ha desintegrado!

Y al instante, desapareció en el ámbito. Como antes había sucedido con su congénere, pero él por propia voluntad.

Walter se llevó la mano a la garganta más por instinto que por otra cosa. Puesto que no sentía el más mínimo dolor ni secuelas de él. Tampoco palpaba las lógicas huellas que las manazas de aquel ente tenían que haber dejado, forzosamente, en el cuello.

¡Asombroso!

—Aurea... —susurró.

Pero esta vez no obtuvo respuesta.

CAPÍTULO IV

Robin Howard era un tipo grandote, de aquellos hombres que daba la sensación de que por edad no serían nunca tan grandes como lo eran por exteriorización física. Su pelaje tenía tonalidades rojizas y dado que cada hebra surgía de su envoltura craneal creciendo en dirección distinta, antagónica a la anterior, para no dar la sensación de que nunca se peinaba, Robin veíase obligado a llevar el pelo muy corto apenas si un dedo o dos de altura en posición horizontal. Tenía también unos ojos muy díscolos, inquietos, vivísimos, que no paraban ni un instante manteniendo la misma posición dentro de las órbitas. Eran azul oscuros y grandes. La piel de su tez, como del resto, era sanguínea. Cuadradas las mandíbulas. En general, su aspecto enorme rebosaba humanidad y buen hacer.

Pese a su atlética envergadura ceñida por el uniforme beige de la Cosmopol, bajo el cual, se evidenciaban sus bíceps, su tórax poderoso, su elasticidad también y la potencia de toda su musculatura... resultaba inofensivo.

Las mandíbulas de Robin, ahora, estaban más cuadradas que nunca. Más encajadas que nunca. Y sus ojos como excepción que confirmara una regla, quietos, fijos, hipnóticamente erectos en la cara del periodista.

Y los labios, más bien finos, componían en aquel instante una línea recta, indefinida y apretada.

— ¿No me dices nada? —preguntó Lambert, un minuto largo después, quizá dos, de finalizado su relato.

— ¿Prueba a ponerte en mi lugar, quieres?

Lógico. Lógico interrogante.

—Entiendo...

—Sé que eres un tío sensato, un «Genio»... Nunca te he visto borracho. Sé que has escrito artículos censurando el tráfico de ciertos alucinógenos... y también en tu periódico has redactado artículos que ribetean la ciencia-ficción. Sé todo eso. Pero...

— ¿Ciencia-ficción... has dicho *ciencia-ficción,* Robin?

— ¿Cómo le llamarías tú al hecho de que un amigo tuyo desintegrase alienígenas con la mirada después de haber sido magnetotransportado a una nave tripulada por seres de otro planeta con una bella comandante a bordo, que tras hibernarlo llevándolo al pasado para escapar al ataque del futuro invasor de la Tierra, lo ha devuelto a una medida correcta de Tiempo-Espacio para que viniese a contarte la aventura de marras? ¿Cómo le llamarías, Walt Lambert?

El periodista no se molestó en indicar una acalorada controversia acerca del escepticismo de su amigo.

Contaba de antemano con aquella tesitura.

—Sé que resulta increíble, Robin —aceptó—, Pero...

—Pero es verdad. Un bonito slogan. Walt. Pero que los publicistas ya no emplean por arcaico. Tengo la sensación de que has trabajado duramente dos años sin tomarte un reposo. La hora ha llegado, Walt. Debes descansar. Tómate unas vacaciones. Eres el «Genio», lo sé. Pero alguien habrá que pueda sustituirte un par o tres de semanas en el «Space Herald», ¿no?

El periodista, procurando armarse de paciencia eludiendo reacciones explosivas; gritos o excitación visible que a la postre redundaría en perjuicio de su relato, dijo:

—Entiendo, comprendo, admito y justifico tu postura. Sé que suena a relato de ficción... sé todo lo que tú quieras. Pero no te permito que dudes de mi equilibrio mental, Robin.

—No he dicho eso, Walt —adujo acremente el agente de la Cosmopol—. Sólo he apuntado que necesitas un deseo. Y te lo he dicho como amigo. Yo soy un policía del espacio, no un psicólogo, ni un psiquiatra, ni nada por el estilo. Soy Robin Howard, compañero de la infancia de Walt Lambert, al que quiero y aprecio.

—Robin... —arrastró Lambert letra por letra.

— ¿Sí?

— ¡Ellos están ahí! ¡Ahí afuera! En algún punto del cosmos que recorréis con vuestras naves en una ínfima parte. Los seres de Mente están ahí... ¡están, lo creas o no! Dispuestos a

concretar su proyecto. Luchan agónicamente por su subsistencia. Y no les importa para conseguirlo, ser causantes de nuestro exterminio. ¡Tienes que ayudarme!

— ¿Cómo, Walt, cómo?

— ¡Dando crédito a mi relato!

— ¿Pretendes que nos encierren a los dos, amigo?

— ¡Mierda!

—Por favor, Walt, cálmate —sugirió el hombre de la Cosmopol. Añadiendo, conciliador—: ¿Supones que aunque yo admitiese a pies juntillas lo que me cuentas… alguien, alguna personalidad del mundo, algún mendigo tan siquiera, nos iba a creer? ¡No!

— ¡Hay que impedir el lanzamiento del «Buspace I»! Lo ha dicho Aurea. ¡Y ella me ha demostrado su honestidad hacia nosotros! ¡Ha venido a advertirnos! Y su primera advertencia es que ese artefacto no caiga al espacio, Robin.

— ¿Por qué no se lo cuentas a Maximillian Tracy, responsable científico y técnico de la Secretaría Galáctica?

Walt, se enderezó. Tenso como un cable, dijo:

—Es posible que tengas razón. Mucha razón, Robin —y se puso en pie saliendo disparado de la estancia, al tiempo qué exclamaba:

— ¡Gracias por haberme escuchado, amigo! Y por tu orientación sobre todo.

Guando Lambert apenas había cruzado el umbral del despacho, el agente de la Cosmopol pulsó unas teclas de su videófono, anunciando:

—A todas las unidades de Seguridad del edificio… ¡atención! Detengan a un hombre llamado Walter Lambert que acaba de salir de mi oficina. Es periodista y peligroso. Puede que vaya armado. Paso por video su fotografía. —E insistió—: ¡Atención a todos! Debe impedirse a toda costa la salida del edificio de un individuo llamado Walter Lambert. Es periodista y peligroso. Puede que vaya armado…

Walt había doblado un recodo del pasillo y se detuvo frente a la puertecilla del turboelevador.

— ¡Eh, oiga, amigo! —exclamó alguien a su espalda.

Giró la cabeza.

— ¿Es a mí, agente?

— ¿Se llama usted Walter Lambert, no? —preguntó a su vez el de uniforme y metralleta láser colgando del hombro.

—Sí... —Walt entendió que algo no marchaba bien—. ¿Por qué?

El guardia de seguridad lo encañonó sin titubear.

— ¡No se mueva, Walter Lambert! ¡Está detenido!

El periodista hizo un amago de agresión. El otro movió ominosamente el cañón de la metralleta, sentenciando:

—No me obligue a carbonizarlo, Lambert. Por favor.

Dejó caer los brazos a ambos lados del cuerpo mientras su pensamiento, escupía: «Robín, eres un hijo de puta allí donde los haya». Y en voz alta:

—Tranquilo, agente. No me muevo.

* * *

Harry McKean, comandante en jefe del destacamento de la Cosmopol en Los Ángeles, hombre de facciones rudas, avinagradas y expresividad casi agresiva, dijo:

—No podemos permitir que ande por ahí sembrando el pánico y la alarma, Lambert.

—Usted no es quién para ordenar mi confinamiento.

—Cuestión de conceptos, simplemente —sonrió, despectivo, el comandante. Puntualizando- : Pero, para su tranquilidad y para que no quede en entredicho mi postura en este absurdo asunto, le comunico que acabo de cambiar opiniones con Everett Young. ¿Sabe quién es Everett Young?

—El secretario de Defensa.

—Bien. Me cumple que esté usted tan bien informado —se burló McKean. Sentenciando—: Míster Young piensa exactamente lo que yo. Que hasta que no se determine científicamente su actual condición psíquica, deberá usted ser... digamos internado en la unidad intensiva de cuidados psiquiátricos de la Nación. Los médicos le reconocerán

emitiendo un informe completo acerca del estado de su situación mental.

— ¡Es usted un estúpido obcecado, comandante!

— ¿Quiere añadir a su complicada situación los cargos necesarios para que le juzgue un Consejo Militar, Lambert?

Apretó los dientes.

Todo cuanto dijera redundaría en su contra.

— ¡Llévenselo! —ordenó el comandante McKean a los guardias de seguridad.

Fue recluido en un calabozo del edificio mientras se iniciaban los trámites correspondientes a su traslado a la unidad intensiva de cuidados psíquicos. Incluso dentro de la celda lo dejaron esposado. Precaución que normalmente no se utilizaba ni contra los más peligrosos criminales porque aquellos recintos eran de alta seguridad.

El trato con él estaba resultando degradante y ofensivo.

Puede que dentro de poco, la humanidad maldijera el escepticismo despótico de Harry McKean y la traición a un amigo leal de Robin Howard.

Tenía que salir de aquel cubículo de peladas paredes.

¿Cómo?

Y la palabra, la exclamación, más que brotar pareció ser arrancada de sus cuerdas vocales. Gritó:

— ¡Aurea...! ¡Te necesito más que nunca! ¡AUREA!

Silencio en torno suyo.

Agobiante y sepulcral silencio.

— ¡Aurea, Aurea... AUREA! —insistió y repitió con patetismo, con desesperación genuina.

Ni un susurro.

Iba a gritar por tercera vez, ahora con toda la potencia de sus pulmones, cuando un rayo blanquecino de cegadora intensidad, resplandeció frente a sus ojos obligándole a cerrarlos.

Parpadeó, después, dolorido, a causa del fogonazo.

Del impresionante flash que había deslumbrado sus retinas, ofreciendo una nívea e hiriente visión.

Tiró luego de los párpados, precautorio.

Estaba allí.

Se había materializado con toda su inmensa hermosura y con una dulce sonrisa agrietando aún más la pulpa roja de sus frutales labios.

— ¡Aurea! ¿De veras eres…?

—Soy yo, Walt.

La miró como para cerciorarse.

— ¡Ya ves! —exclamó luego—. Este es el resultado de mi primer intento por alertar a la humanidad. ¿Qué hacemos ahora, Aurea?

—Salir de aquí, no te parece. Tu misión sólo ha hecho que empezar y tienes que continuarla. El reloj avanza y la hora de lanzar el «Buspace I» se acerca.

— ¿Salir? —repitió—. ¿Cómo…? —y comprendiendo que acababa de preguntar una tontería si se tenía en cuenta el poder de concentración del aparato pensante de la maravillosa hembra, rectificó, bromeando ahora—: Sorpréndeme, princesa.

Aurea amplió su dulce y excitante sonrisa.

—De acuerdo…

— ¡Espera, pequeña!

— ¿Qué sucede, Walt?

Por toda respuesta, el periodista dio un paso adelante, ciñó la breve cintura de aquella criatura caída del cielo, humana pero perfecta, llena de Energía y Poder, estallando su boca contra la de ella. Saboreándola con avaricia.

Lambert no esperaba reacción Consciente de la condición superior de aquel ser, sólo esperó hallar frialdad y distancia en sus labios. Y la respuesta fue grata y maravillosa. Porque Aurea entreabrió su boca para recibir la del muchacho y libó en sus labios fruiciosamente, trasladándole la humedad de su paladar, el tibio contacto de su lengua… apretándose contra Walt para que éste sintiera eclosionar contra su torso el calor de sus pechos enhiestos como montículos de granito.

— ¡Eres deliciosa. Aurea! ¿Tú que puedes leer mi pensamiento… dime si me he enamorado de ti?

—Sí —afirmó—. Pero pasará.

—No quiero que pase nunca, Aurea. ¡Te lo juro!

—Walt, por favor. El tiempo apremia...

—Sí. Tienes razón. ¿Pero me prometes que en otro momento hablaremos de este asunto?

—Lo prometo —volvió a sonreír ella—, Y ahora, tenemos que marcharnos.

Lambert dirigió la mirada de sus azuladas pupilas, transparentes y enamoradas como nunca, el rostro entre angelical y pícaro de aquella hembra hermosa que ni con el pensamiento se atrevía a calificar de alienígena, aún sabedor y consciente de su inmenso poder.

La vio alzar aquel minúsculo aparato que llevaba colgado del cuello por medio de una fina correa y en el que hasta entonces no había reparado. Parecía un microimpresionador de imágenes.

Ella preparó el objetivo como si en verdad fuera a impresionar su imagen.

— ¿Qué vas a hacer? —no pudo resistir la pregunta.

Y Aurea, de la forma más natural, repuso:

—Voy a desintegrarte para sacarte de aquí atomizado. No hay otra solución, Walt.

Desorbitó los ojos.

— ¡Aurea! ¡Pero eso puede...!

—No es peligroso. Walt. ¿Crees que sería capaz de correr el menor riesgo contigo?

—No... —admitió, intentando sonreír sin conseguirlo.

—Tranquilo entonces. Este medio de transporte ha obsesionado a los científicos de la Tierra durante los últimos años.

Pero sigue siendo una utopía para ellos. ¿Preparado, Walt?

Tragó saliva.

-Si...

Aurea presionó con suavidad el disparador de aquel extraño artilugio.

Brotó una ráfaga fugaz de ocre destello y Walter Lambert se disolvió totalmente, desapareciendo.

Entonces, habló Aurea:

—Lista para ser magnetotransportada, Zlay.

Y al instante, desapareció, como antes el periodista al ser engullido por el estallido ocre surgido del supuesto microimpresionador de imágenes.

Cuando el guardia de seguridad abrió la puerta de la celda se quedó estupefacto.

Negándose a dar crédito a lo que sus ojos estaban contemplando.

— ¡Cielo santo! ¡No está! ¡Ha desaparecido! ¡Pero...!

Cómo? ¿De qué forma? —y dándose cuenta de lo que aquejo iba a suponer para él, articuló, trémulo—: ¡Nadie me libra de un Consejo Militar!

Y consciente de que no debía agravar más su delicada situación procedió, de inmediato, a causar la alarma sobre la fuga del preso.

* * *

Teresa White, con los ojazos fijos en la imagen que reproducía la pantalla de su videófono, casi tratando de meterla dentro de sí y no permitir que se escapase nunca, gimió:

— ¡Walt, Walt... por favor! ¿Es qué te has vuelto loco?

—No, «secre» no —trató de sonreírle él. Bromeando—: Sigo siendo el «Genio», el hombre que tú más deseas y el que mejor acaricia tu traserito cuco.

— ¡No es hora de bromear, Walt! —se desesperó la explosiva hembra de pechos apocalípticos. Advirtiendo—: Los de la Cosmopol han estado aquí con tu amigo Robin a la cabeza.

—Suponía eso, prenda. ¿Me harás un favor?

— ¡Todos los que quieras, Walt! Estoy dispuesta a morir por ti si es necesario.

—Tampoco es eso, pequeña. Y no te permito que dramatices, ¿eh? Sólo que prestes mucha atención a lo que se habla de mí a tu alrededor. Cualquier palabra, una conversación... ¿Entiendes?

— ¿Te refieres a algo que pueda perjudicarte?

— ¡Exacto! Buena chica. Y lista. ¡Ah y dile a nuestro director que volveré! Adviértele que le digan lo que le digan, no estoy loco. Que tengo un importante asunto entre manos, algo trascendental, a lo que ahora me debo consagrar en cuerpo y alma. Pero que volveré. Para narrar en nuestro periódico, por capítulos, la historia más alucinante que jamás ha vivido la humanidad desde sus orígenes. ¿De acuerdo?

— ¡Walt...! —exclamó, angustiada, la pelirroja.

— ¿Sí...?

— ¿De verdad que no... que no estás loco?

—Te juro que no, prenda. ¿Crees que me estoy comportando como un loco?

La vio dudar.

—No... ¡Pero Robin ha dicho...! —se interrumpió, reanudando la exclamación pero sustituyendo la simple vehemencia por un tono precautorio y advertidor—: ¡Hablando de Robín, Walt! Le he oído comentar con uno de los jefes que le han acompañado hasta aquí, la conveniencia de montar un estricto servicio de seguridad en torno a la «Pacific Plataforma» y en general, alrededor de Maximilliam Tracy. Y el otro, que cabeceaba contundente a cada palabra de Robin, ha añadido... lo recuerdo textual: *«.Para evitar nuevas jugarretas de ese demente, cursaré instrucciones a Washington para que todos los miembros de seguridad destacados en la «Pacific Plataforma» utilicen pistolas anestésicas. Debemos inutilizarle física, pero sobre todo psíquicamente».*

Eso ha dicho, Walter —y tras una pausa fugaz, añadió--: Entonces, nerviosa como estaba, no he captado la profundidad de esas palabras, pero ahora...

— ¡Gracias, preciosa! ¿Lo ves? Ya me has prestado tu primer servicio. Algún día, la humanidad le pondrá tu nombre a una avenida en cada ciudad importante del mundo. Tengo que irme, Teresa.

— ¡Walt, por Dios! ¡Cuídate mucho!

—Lo haré. Palabra.

Y la imagen se esfumó al quedar cortada la comunicación.

Mientras el periodista, en el lugar donde se hallaba,

murmuró:

—Conque pistolas anestésicas, ¿eh?

Y acabó por sonreír con olímpica superioridad. Casi con desdén diríase.

HABLA… MENTE (IV)

Me preocupan estos dos fracasos consecutivos.

El periodista, con la ayuda inestimable de mi disidente, se ha deshecho de Garko y Sensath. Al primero lo ha volatilizado y no me gusta perder entes en mis empresas. Uno más o menos no tiene gran importancia pero sí influye en la disposición mental de los demás. Aunque los he creado preparados para la desesperación. Aunque aceptan su tránsito sin el temor que la mayoría de los humanos le profesan a la muerte... no me gusta.

También ha podido eludir la trampa que le había tendido intervenido en los aparatos pensantes de Robin Howard primero y del comandante Harry McKean después.

Debo evitar a toda costa nuevas complicaciones.

Aurea es una de esas complicaciones. Desde hace tiempo. Y tengo que admitir que Craig —pese a sus escasos esfuerzos intelectuales— estaba en lo cierto al reiterar la necesidad de que ella fuese reducida a la nada. Pero yo, no quería obsesionarme con la idea de su exterminio, intentaba olvidarme momentáneamente de ella para concentrarme en la destrucción de ese ingenio espacial terráqueo al que llaman «Buspace I». Por la simple y perentoria razón de que a partir de ahí tengo previsto desencadenar una guerra entre los terrícolas.

Quiero que se destruyan parcialmente entre ellos.

Pero para conseguirlo, no puedo permitir más interferencias de Aurea o de ese humanoide apellidado Lambert.

Walter Lambert también debe morir, sí.

No puedo especular con la posibilidad de utilizarlo más adelante en mi propio beneficio tras intervenir en su complejo intelectual. Es un riesgo. Un peligro tan latente como la propia Aurea... o quizá mayor todavía. Mayor

posiblemente. Porque él, ahora, se cree el abanderado de la salvación de la humanidad.

Y eso, desde luego, lo convierte en un ser notablemente peligroso del que no puedo descuidarme.

Ni un instante puedo olvidarme de él.

Debo dictar la sentencia de Lambert, sí.

Pero de una forma racionalmente lógica. Que no despierte excesiva curiosidad entre sus congéneres. Accidental. Lógica como he dicho, sí.

Volveré a introducirme en su mecanismo pensante.

Agudizándome, claro. Con notable esfuerzo pese a mí Poder. Porque las radiaciones que emiten esos paupérrimos y decrépitos intelectos humanoides apenas las registran mis sensores...

Es un doloroso espasmo de concentración, pero lo consigo.

Viaja a San Diego...

¡Ah, ya, ya comprendo!

Su objetivo inminente es el científico Tracy. El profesor Maximillian Tracy. Pero no se atreve a ir directamente a él para no correr riesgos. Sabe que en la «Pacific Plataforma» se han extremado las medidas de seguridad y se ha duplicado la guardia personal del científico.

No. Por el momento no piensa Lambert en trasladarse a esa plataforma-cosmódromo.

¿Entonces...?

¡Ya! Entiendo, entiendo...

Veo reflejado en sus células el nombre de una mujer...

BRENDA OLSWEN.

¿Quién es Brenda Olswen? ¡Vamos, Lambert, piensa en ella! ¿Quién es Brenda Olswen?

Tendré que utilizar mis sensores autodidactas para llegar hasta la identidad de esa mujer porque los engramas de Lambert la tienen presente pero no profundizan en ella. Es un punto fijo en su pensamiento, pero nada más por el momento.

Brenda Olswen... Brenda Olswen...

¡La secretaria administrativa del profesor Tracy!

Por eso acude el periodista a San Diego. A las oficinas en tierra de la Secretaría Galáctica. Quiere entrar en contacto con esa mujer y convencerla de que le ayude a mantener una entrevista secreta con el científico.

Entiendo, sí.

Debo retirar mis sensores del cerebro de Lambert y comunicarme con el aparato pensante de Marka.

— ¡Marka! ¿Estás en mí?

—Sí, Mente. Te capto y admito. Tus sensores se están agudizando en los míos.

Será cuestión de fracciones infinitesimales dictar la definitiva sentencia de ese humanoide.

Ya está. Y Marka me dice:

—Perfecto, Mente. Entraré en el cerebro de ella. Será fácil desintegrar a Walter Lambert cuando le tenga prendido en el aroma sexual.

— ¡Nada de desintegrarle! ¿Captas? En ortodoxia terrícola debe tratarse de un accidente. Repito: AC-CI-DEN-TE. ¿Lo has registrado con fijeza en tus sensores, Marka?

—AC-CI-DEN-TE.... accidente, entiendo. Ellos, creo que le llaman... «paro cardíaco».

—Sin errores, Marka.

—No los habrá, Mente. Se hará todo tal como ordenas.

Como yo ordeno, sí.

Una vez muerto el periodista, Aurea pierde su conexión con los terrestres y se queda sin tiempo para iniciar otra de sus tentativas sediciosas. Después vendrá la destrucción del ingenio espacial por supuestas naves soviéticas, lo cual hará estallar una guerra nuclear entre las dos naciones más poderosas del orbe terráqueo.

La guerra que tanto les seduce a ellos.

La destrucción.

Su... destrucción.

Mi... venganza.

Por último mis naves, en sucesivas oleadas, se posarán en ese planeta. La invasión habrá comenzado. Y la salvación de mis entes.

Porque allí tendrán el oxígeno que precisan para seguir subsistiendo.

Mi venganza... casi estará consumada.

Será el último capítulo de mi proyecto.

El penúltimo...

Porque antes dedicaré, todo mi Poder infinito a localizar a Aurea y pulverizarla.

La hora, de todas formas, está próxima.

La hora de que yo me integre, definitivamente y como dueño absoluto, en la Creación de la que fui expulsado hace millones de años.

Entonces sólo era el amanecer...

Tras el apocalipsis que yo desencadenaré retornará ese amanecer y se hará eterno... Como eterno será mi dominio.

El dominio que emana de mi Poder.

Del Poder de Mente, sí...

CAPÍTULO V

La chica le miró con interés.

Con demasiado interés y excesiva curiosidad.

—Soy guapo, prenda. Pero no es para tanto, ¿eh? —trató Walt, con aquella gracia masculina distraer el pensamiento de la mujer.

—Oiga... —ella, que seguía con sus ojos almenados incrustados en la cara del periodista, mordiéndose el labio inferior, exclamó—: ¡Yo lo he visto a usted en alguna parte!

— ¡Chhhnhhhhist! —se llevó un dedo a la boca con expresión cómica—, ¡No lo grite, se lo ruego! ¡No lo diga, por favor! Usted me ha visto desnudo en la portada de este mes del «Sexycosmic»... Si la oyen las chicas que puedan haber por aquí se me tirarán encima.

—No, yo no compro nunca el «Sexycosmic». Es muy anticuado...

— ¡Habrá sido en otra revista! Vivo de eso, ¿comprende? Soy hombre-artículo.. Hay hembras en plena menopausia que tratan de estimularse viéndome desnudo. ¡Fíjese, fíjese, en qué muslos tengo! —se arremangó un tanto los camales y observó como la otra asomaba su cabecita azabache de ojos curiosos al vacío por afuera del tablero—. El pantalón no le permitirá observar en su plenitud, pero... ¡toque, toque si quiere! Verá qué carnes más prietas.

La chica extendió los dedos de la diestra pero se detuvo en seco.

— ¡Oh... qué iba a hacer! Es usted contagioso...

—La base de mis éxitos prenda. Soy contagioso, sí. Y ahora, ¿quiere decirle por favor a Brenda Olswen que un caballero desea verla?

—Es que... —la encargada de la centralita de videófono siguió dudando— Brenda está muy ocupada. Me ha dicho que nadie la moleste...

— Puedo devolverte el favor en carne, muñeca. ¿De

acuerdo?

Se le iluminaron sus redondotas pupilas.

—Bueno... Si insiste...

Manipuló en el cuadro de mandos y la imagen de Brenda Olswen, secretaria administrativa del profesor Tracy apareció en la pantalla del vídeo.

— ¿Qué ocurre, Janet?

—Un señor desea verte.

— ¿Quién es...? ¿De qué se trata?

La tal Janet arqueó las cejas para mirar al hombre, interrogándole.

—Es... es privado. Confidencial. Dile que vengo de Washington.

—Lo he oído, señor —respondió el rostro que se hallaba fijo en el vídeo—. Washington ha dicho. ¿Enviado por quién?

Lambert no se lo pensó ni un segundo. Dudar podía ser fatídico. Dijo de un tirón:

—Me envía el secretario de Defensa.

— ¿Míster Young?

—El mismo.

—Qué extraño... —la imagen ofrecía una clara expresión de asombro y duda—. Nadie me ha advertido de su visita.

—Mi visita está calificada de Top Secret. Por favor, señorita Olswen... Además de confidencial es muy urgente.

—Está bien. Suba.

Lambert se alejó al instante de la centralita de videófono. Y la chica exclamo entonces:

— ¡Claro..., ya sé quién eres! ¡Tú foto está en la primera página de todas las ediciones especiales! ¡Tú... tú eres el loco! ¡Walter Lambert! ¡El periodista loco!

Pero el «periodista loco» ya estaba prácticamente en el umbral encristalado del despacho de la señorita Olswen.

—No veo nada clara su forma de presentarse, ¿míster...?

—Walter Lambert.

Brenda Olswen pegó un sonoro respingo. Se puso en pie de un brinco.

— ¡Largo de aquí, Lambert! ¡Largo ahora mismo! ¿O

prefiere que avise a los agentes de seguridad y al comandante McKean de la Cosmopol, eh?

—Por favor, Brenda. Sólo le pido unos minutos. Luego..., después de escucharme, proceda como crea más conveniente. O como le dicte su conciencia.

Las facciones de la secretaria administrativa del profesor Tracy experimentaron, en fracciones de segundo, una extraña metamorfosis. Una metamorfosis que Lambert juzgó positiva sin ir más allá de su simple exteriorización física, sin preguntarse el cómo y el por qué en aquel cambio radical, instantáneo, veloz.

Estaba muy lejos del por qué. Su ansiedad sólo le hacía vislumbrar la posible vía de entente que le garantizaba aquella sonrisa luminosa, abierta, que presidía los dulces y carnosos labios de la hembra. Sonrisa que parecía irradiar también desde el fondo de sus grandes pupilas grises.

—Está bien. Siéntese —y le indicó la silla metálica que había al otro lado de la mesa que ella ocupaba.

—Gracias.

Y sentándose, la miró profundo. Si sus ojos eran ahora expresivos y cálidos, radiantes y preciosos como sus labios carnosos y aún sonrientes, perfecto resultaba el trazo de sus facciones exquisitas y el conjunto de todas ellas. Y muy elegante aquel moño en forma de cono truncado, hacia arriba, que recogía la mata tupida de su cabello negro y sedoso.

Sus pechos que flotaban a ras de la superficie de la mesa eran opulentos y sexuales. Magnéticos casi, como consecuencia de su fuerte carga erótica.

— ¿Prefiere admirarme. Lambert?

—Eres una mujer que gustas, Brenda. Que atraes...

— ¿Tratas de ganarme por el camino de la adulación?

—Me porto siempre así con las mujeres hermosas y deseables como tú... ¡de veras! Y sería bueno que nos borraran de la faz de la Tierra para seguir disfrutando de los ágapes sexuales, ¿no te parece?

—Entiendo que has venido a hablarme de tus visiones, ¿no?

—Ya meterme contigo en la cama si me dejas, muñeca —le

echó rostro al asunto, Walt. Añadiendo—: Pero si eres juiciosa como te creo, entenderás que estoy perfectamente cuerdo. No hay visiones, Brenda. Hay un mundo diferente al nuestro, ahí arriba, con sus entes embarcados en naves invasoras, dispuesto a utilizar nuestro oxígeno porque el suyo se extingue. Y un peligro inminente: el lanzamiento del «Buspace I». No sé cómo se conecta una cosa con la otra pero sé que están conectadas.

Brenda le miró con cierto interés... personal. Walt, captó ese interés y se dijo para sí que la cosa marchaba.

— ¿Qué puedo hacer yo, Lambert?

—Mediar acerca del profesor Tracy para que me reciba en secreto. Yo no puedo ir a la «Pacific Plataforma» a pecho descubierto. Me están esperando porque saben que todo mi interés se centra en convencer al profesor de que suspenda el lanzamiento.

—Es difícil... —se mordió el labio y echó adelante sus pechos lúbricos que amenazaban desbordar por completo el escote de la blusa. Abriendo el cajón central del escritorio extrajo un llavín que por encima de la mesa empujó hacia Walt, diciendo—: Pertenece a mi apartamento. Lunapark Avenue, 1817. Espérame allí. No es prudente que sigas aquí, Lambert. En cuanto pueda iré para allá, ¿de acuerdo? Ponte cómodo y sírvete algo.

— ¿No estarás pensando...?

—Si quisiera, periodista, no saldrías de este edificio. ¿Comprendes que estoy jugando limpio?

Walter recogió la llave y se puso en pie.

—Creo que sí, Brenda —admitió.

Saliendo al punto del despacho.

* * *

— ¿Estás seguro de que juega limpio, Walter?

Experimentó idéntica vibración que si un venenoso alacrán acabase de incrustarle sus tenacillas en el cogote.

Girando veloz, tenso.

— ¡Aurea...!

Y repitió, entre sorprendido, alegre y confuso:

— ¡Aurea! ¿Cómo estás... aquí?

—Estoy aquí porque no puedo dejarte sólo, Lambert. Sucumbes pronto al hechizo del sexo.

—Aurea... —la miró, embelesado.

Se había convertido en una mujer modernísima cuyo encanto y atractivo estaba muy por encima de las que hasta entonces conociera el periodista.

Un jersey fino, muy blanco, cerrado al cuello, oprimía sus pechos firmes, suaves a la vez, excitantes y vibrátiles. Parecían como encarcelados y daba la sensación de que iban a romper su cautiverio para estallar vivos, libres, ardientes, con toda la carga sexual que almacenaban. Una corta faldita de cuero, negra, estaba adherida a su talle fugaz y apenas si cubría una mínima porción de sus muslos plenos, bronceados y sugestivos. La perfección escultórica de sus piernas largas quedaba totalmente al descubierto.

—Aurea... —no se cansaba de repetir aquel nombre tan hermoso como ella misma—. Dices hechizo del sexo... ¡y sexo eres tú!

Avanzó un par de pasos.

— ¿Sólo piensas en eso, Walter?

— Bueno, hay circunstancias... —hizo ademán de estrecharla entre sus brazos pero ella eludió la efusión. Walt, un tanto desengañado, preguntó—: ¿No dejas que te bese?

—No.

—Has dicho que habías leído en mi cerebro mi amor por ti. Cuando un hombre ama a una mujer la besa...

— Antes de aparecer yo estaba pensando en besar a Brenda y...

— ¡De acuerdo! ¿Cómo voy a negarle evidencia a quién lee mi pensamiento? Pero hay que distinguir entre el amor y el deseo. Se puede poseer a una hembra sin amarla, por simple excitación de la libido. Esa mujer me ha excitado sobremanera, lo reconozco. Hay algo extraño en ella, en sus ojos... Brenda me ha excitado, sí.

Y se dejó caer con tristeza y abatimiento en una de las butaquitas tapizadas en rojo que componían el funcional tresillo que ocupaba una parte del living de aquel confortable y bien aprovechado apartamento.

—*No es ella quien te ha excitado* —pronunció, con significativo matiz, la bella y sorprendente Aurea.

Walt, respingó.

— ¿Cómo...? ¿Qué quieres decirme?

—Que no es Brenda Olswen, sino Marka.

— ¿Marka...?

—Un ente de características femeninas que procede de Disidente. Que sirve a Mente con criminal fidelidad. Ella se ha posesionado del cerebro de Brenda y te ha captado en su arma sexual. Piensa producir una estimulación vibratoria en tu complejo cardiovascular, cuando la estés poseyendo, concretando orgásmica, al estallar el éxtasis.

— ¡Dios Santo! —balbució.

—Por eso me ha materializado, Walter. Una emisión de mis sensores a los tuyos no habría servido de nada cuando hubieses estado cautivo en la hipnosis sexual provocada por Marka. Entrar en la cama con ella hubiera significado, irreversiblemente, tu muerte. Quizá eso, en el fondo, no me preocupe demasiado... Pero sí la salvación del espécimen humano, lo cual, depende más de ti que de mí.

—Me desprecias, ¿no?

—No es eso. Te hacía más fuerte, simplemente.

—Pero yo te quiero y tú lo sabes, Aurea.

—Y tú sabes, Walter, que ahora no es momento de hablar de ello. Tienes algo más importante y fundamental que hacer... La hora del lanzamiento del «Buspace I» se acerca. Mírame con fijeza, por favor.

— ¿Qué ocurre, Aurea?

—Necesitas de mi fuerza para combatir a Marka... Mírame con fijeza.

Lo hizo.

Debieron transcurrir dos, tres, quizá cuatro minutos.

Walt, parpadeó. Mirando a su entorno. Convenciéndose de

que estaba... *solo.*

Áurea se había esfumado en el éter de igual forma que se materializara por entre él.

Sonó en aquel instante el zumbador.

Integrado por completo en la realidad, Walt abrió la puerta.

Brenda cayó en sus brazos y le estrelló los labios en la boca.

Walter, dueño de sí, hizo no obstante por complacerla entregándose, supuestamente, a un beso demoledor.

Los pechos de ella brincaban estrellándose, violentos, excitantes, provocativos, con toda su carga de energía sexual, contra el tórax varonil. Se incrustaban en él buscando transporta a las regiones ebrias y ciegas del deseo y la pasión.

— ¡Cómo besas, amor...! —jadeó.

Fueron hacia el living y Walt se revolvió, mirándola. Le sonrió al preguntar:

— ¿Has pensado en algo. Brenda?

— ¿Sobre...? —rompió la pregunta al darse cuenta de su error, exclamando—: ¡Ah, sí, te refieres a Tracy! Creo que tengo una fórmula para que puedas entrevistarte con él.

-¿Cuál...?

Brenda, en pleno vestíbulo, se estaba desnudando.

—Luego, cielo, luego. Ahora estoy que quemo... Necesito que apagues ese fuego que has encendido en mí. Hay tiempo. Primero poséeme...

Walter Lambert, perniabierto, casi desafiante, se había plantado frente a ella tras adelantarse unos pasos.

Su pregunta restalló como la abrasante columna del láser:

— ¿Qué debo hacer para sacarte de ahí... *Marka?*

Un rugido inhumano, estremecedor, surgió de la garganta de quien físicamente era Brenda Olswen. Un gorgoteo animal, como de ultratumba, que al contacto con el aire cobraba matices diabólicos.

Y entonces sucedió.

Del interior de los preciosos ojos grises de la secretaria del profesor Maximillian Tracy empezaron a surgir unas columnas tenues de algo que parecía humo. Humo...

Como el de la puerta ardiente de un cigarrillo, al

consumirse, que se va elevando al ámbito y acaba por diluirse en él.

Pero aquellas extrañas, siniestras columnitas, no se diluyeron.

No....

Todo lo contrario.

De sus inicios o ejes concéntricos que se hallaban ubicados en el centro de los iris de Brenda Olswen, las columnas fueron tomando cuerpo. La espiral, ambas espirales, sin perder equidistancia concéntrica con sus génesis, se aunaron en el aire hasta convertirse en una sola ante la atónita mirada de Walter Lambert. Y lo que era humo, hipotético humo en principio, se hizo tangible.

Terrible y espeluznante tangible.

Allí estaba Marka.

Allí estaba... *el ente.*

Con características muy similares a las humanas, sí. Pero lo que en un terrestre era carne cubriendo el hueso, en aquel engendro era...

Como una pulposa epidermis de membrillo, como una pincelada viscosa, marronácea clara, con estructura humanoide... Repugnaba a la vista por parecer que de un momento a otro iba a convertirse en una balsa de pringue esparcida por el suelo.

Pero no valía la comparación.

Porque aquel ser que lógicamente tenía que descomponerse por falta de consistencia material, aquel ente sin fuerza aparente que reuniese sus átomos... se movía igual que cualquier terrestre. Con sus piernas, sus brazos y manos, sus ojos de luminosidad rojiza, infernal, diabólica...

—Yo soy Marka, sí —se movieron aquellos labios que casi se perdían en el conjunto marronáceo claro de la estructura membrillesca.

Walt, tras la prolongada sorpresa, reaccionó. Así:

—Entonces —dijo con enorme entereza —ya sabes que tu proyecto... el proyecto de Mente, ha fracasado. Voy a desintegrarte, Marka.

— ¡Tú no tienes poder para eso, terrícola!

Y la silueta fláccida y enhiesta al mismo tiempo, inició el avance hacia él.

— Aurea me ha concedido ese poder.

El poder de Aurea pareció enervarla. Porque Marka, a su conjuro, cobró una erectitud impropia de su apariencia, imposible de concebir en aquella pringue oscilante que la exteriorizaba. Y los puntos orillantes, rojizos... que se movían chispeantes dentro de lo que debían ser órbitas, adquirieron unos matices ígneos que, muy a su pesar, hicieron estremecer al periodista.

— ¡Aurea... —rugió con un espasmo—, Aurea maldita! ¡Traidora! ¡Morirá igual que tú! ¡Se perderá en la nada, en los confines del abismo!

Walter inició, al punto, un esfuerzo de concentración, con sus pupilas azules muy fijas en el repugnante aspecto de Marka.

Ella, entendió. Pero hubo una vacilación en su complejo pensante, quizá, porque admitía la posibilidad del poder transmitido al humanoide. Y pese a estar mentalizada para el tránsito, trató de evitar su destrucción.

— ¡Sensath, Dropp... aquí!

Lambert se revolvió justo a tiempo de ver concretarse a los alienígenas.

A Sensath ya lo conocía. Y como la primera vez y lo mismo que el ente que ahora le acompañaba, su materialización era por completo humana. Y gigantesca también.

Hubo un *impasse* de duda en los tres. Pero de los ojos de Sensath brotaron, al segundo siguiente, dos chorros de azul luminosidad con reminiscencias láser.

Walter vio venir la desintegración hacia él.

Su zambullida desesperada tirándose por debajo de las columnas azuladas que pretendían barrerle y borrarle de la faz de la Tierra fue un alarde de reflejos y una reacción providencial.

Su trayectoria le llevó a estrellarse contra el abdomen de Sensath que se fue atrás como consecuencia de la andanada.

Dropp se apresuró a saltar sobre él aprovechando que tomaba tierra, de bruces, cerca del trompicado Sensath cuya

espalda le había llevado a colisionar con el sofá, volcándose al otro lado.

Walt alzó una pierna, encogiéndola y disparándola después con toda la violencia de que se sentía capaz. La coz se estrelló en la cara del alienígena y un ronco gemido pareció ser arrancado de su garganta. Reaccionó con velocidad no obstante estirando ambas manos para atrapar por la cintura a Walter, alzarlo como si fuera una pluma y acabar tirándolo contra el mueble-bar.

El periodista estalló con estrépito sintiendo dolorosas punzadas en la cabeza.

Marka se había hecho a la izquierda para centrar el poder destructor de sus ojos en el medio inconsciente Lambert que ahora llegaba a tierra resbalando sobre la pulida superficie del mueble.

Había una diabólica mueca de triunfo en las facciones repulsivas de la hembra.

Brotaron de sus pupilas los chorros de fuego.

Lambert, recibió en aquel justo instante una vivificadora fuente de energía que alertó su cerebro, dotando de una fuerza hiperhumana todas y cada una de las articulaciones de su cuerpo. Como si en su entorno se hubiera hecho de súbito la ingravidez, el periodista se alzó en el aire cuando las columnas desintegradores alcanzaban la posición que su naturaleza había estado ocupando una fracción de segundo antes.

Marka, rugiendo algo ininteligible, una expresión en su lenguaje seguramente, trató de perseguirle en su inesperado vuelo con las encendidas pupilas.

Walter se integró de nuevo en la ley de atracción posando sus plantas en el suelo.

Sensath, que reaccionaba pasando de un salto por encima del sofá, se tiró por él.

Cruzándose en la trayectoria que desde los ojos de Marka hasta Walter habían trazado ya los artículos desintegradores.

— ¡Maldición! —rugió la repulsiva ente.

— ¡Aaaaag...! —se retorció Sensath en su humana concreción al sentirse barrido por aquel aluvión térmico que lo

reducía a la nada.

Hubo una crispación en Dropp al presenciar la consunción de su compañero.

Y un extraño artefacto surgió entre los dedos de su diestra.

Lambert disparó la pierna zurda, veloz, consciente de que en la anticipación estaba el posible éxito, alcanzando la mano armada y obligándole a soltar el aparato que rebotó en tierra. Dropp se agachó tratando de recuperarlo y un nuevo patadón se estrelló esta vez en su cara proyectándole como tres metros atrás.

Walt, sin concederse ni un segundo de tregua, cayó encima del arma, tomándola. Y sin pensárselo enfiló el extraño y estrecho cañón hacia Dropp a 1a vez que tiraba atrás de aquel gancho curvo que se suponía gatillo.

Una llamarada roja nada más. Sin el menor estruendo.

Dropp alzó los brazos, se contorsionó, trató de iniciar un escorzo que evitase su tránsito pero acabó carbonizado, convertido en un montón de cenizas negras. En una montaña de polvo chamuscado.

Marka, confusa, atropellada su caja intelectual por la rapidez de los sucesos y por el imprevisto desarrollo de los mismos, intentó de batirse en retirada.

Walt vio como parte de su cuerpo fláccido se iba volatizando, metamorfoseándose en el principio concéntrico de aquellas espirales… desaparecido.

Abrió mucho los ojos.

Pero no a causa del asombro.

Decidido a enviar sobre lo que quedaba de Marka en aquella mutación todo el poder destructor que Aurea le había conferido.

Concentrándose con doloroso repiqueteo de sus sienes en la necesidad de pulverizarla.

De pronto, el «membrillo» estalló.

Marka, cazada por el raudal destructor que emanaba de los ojos del periodista antes de concluir la mutación, comprendió que ardía, que se consumía, que se volatilizaba…

Que entraba en el tránsito definitivo.

Y estalló en el vacío perdiéndose por el resto de la eternidad.

Walter Lambert lanzó un sonoro y prolongado suspiro de alivio.

— ¡Buuuuuf!

Añadiendo:

—Después de esto si que no puedo pretender que me crea nadie. Ni ésta...

Y extendió el índice de la derecha sobre el cuerpo inmóvil de Brenda Olswen. La secretaria del profesor Tracy desde el instante en que Marka se concretara saliendo a través de sus pupilas, no había movido ni un músculo. No había parpadeado. Prendida en trance, había permanecido ausente y ajena a todo lo sucedido a su alrededor.

Walt pensó que era conveniente desaparecer de allí antes de que la muchacha regresara a su correcta ubicación. Ahora ya no podría serle de ninguna utilidad. Y era lógico. Lógico esperar que Brenda Olswen no aceptara las explicaciones de lo sucedido. Y lógico que se convirtiera en un obstáculo intentando evitar que Walt se entrevistara con Tracy... todo lo contrario que él pretendía.

Había llegado el momento de arriesgarse... abiertamente. O de estudiar un sistema subrepticio, camuflado, de arribar junto al científico sin que fuera detectado.

¿Cómo...?

A pecho descubierto era suicida tomar forma en la «Pacific Plataforma». Habría estado la alerta roja. Guardias de seguridad y de la Cosmopol por todas partes con sus pistolas anestésicas. Prevención instintiva y psíquica del propio Maximillian Tracy hacia él.

Miró el cronósfero, cuyas agujas viajaban implacables por el tiempo, entendiendo que cada minuto que transcurría era vital.

Porque no significaba nada el hecho de que hubiera salido victorioso en aquellas escaramuzas contra los enviados de Mente. Por qué *el* seguía allí, en algún lugar del espacio, dispuesto a concretar definitivamente su proyecto.

Y para evitarlo, según Aurea, había que impedir el lanzamiento al cosmos del «Buspace I».

¿Cómo llegar hasta Maximillian Tracy?

Escuchó un gimoteo en la garganta de Brenda Olswen.

La miró, entendiendo que iniciaba su reacción.

Brenda Olswen…

—¡Brenda Olswen…! —exclamó, espontáneo y casi con infantil alegría. Repitiendo—: ¡Brenda Olswen, CLARO! ¡Pero…! *¿Cómo no se me había ocurrido antes?*

Se fue hacia la mujer depositando, cuidadosamente, la palma de su diestra sobre los labios de ella.

—Es preciso que duermas durante un tiempo, pequeña. Debes dormir, sí. Para asimilar las emociones vividas. Dormir. Brenda, dormir. Tienes que dormir…

Y sus ojos estaban muy agrandados, muy abiertos, muy fijos, en las pupilas grisáceas de la secretaria administrativa del profesor Tracy.

—Dormir…

CAPÍTULO VI

«Pacific Plataforma» era, sin lugar a dudas, el más inmenso de los cosmódromos instalados en la corteza de la Tierra.

Más exactamente, en la superficie de sus aguas celestes.

En las del océano Pacífico, siguiendo en la línea de puntualizaciones.

Una muestra espléndida, colosal, de hasta dónde habían alcanzado la inteligencia y el ingenio humanoides. Casi un desafío a todas las leves logísticas, casi un grito de poder y fuerza.

Aquel inmenso, gigantesco cosmódromo estallado en lo alto de las crestas espumosas del océano, dejaba sensiblemente empequeñecidos a cuantos le precedieran como base de lanzamiento de cohetes, satélites, laboratorios espaciales, naves de toda índole, estaciones interplanetarias... y todas clase de artilugios con destino a las estrellas, al infinito, al cosmos misterioso y sólo parcialmente explorado pero, eso sí, con una dirección y objetivo preconcebidos.

La extensión de la «Pacific Plataforma» equivalía a la superficie de un país llamado España situado en la punta suroeste de la Confederación Continental Europea: unos 550.000 kilómetros cuadrados.

Y se hallaba a unas trescientas setenta millas, una línea recta, de la californiana Bahía de San Diego. Precisamente en aquella ciudad se alzaban las dependencias administrativas en tierra de la Secretaría Galáctica estadounidense, entidad afiliada y dependiente de la «Confederación Espacial Cósmicoterrestre».

En «Pacific Plataforma» reinaba una actividad febril, candente podía decirse.

Se estaban ultimando los preparativos del lanzamiento del «Buspace I», vehículo que tenía por misión «colonizar» el planeta Mercurio. Su tripulación la formaban exclusivamente

hombres afines a la plantilla científica de la Secretaría Galáctica y había sido nombrado comandante de vuelo el experto y avezado cosmonauta Steve Wallach.

El «Buspace I» había sido totalmente diseñado por el profesor Maximillian Tracy, ofreciendo la novedad con relación a anteriores vehículos espaciales de estar dotado de robots y computadoras en el orden del manejo de su complicado panel de mandos, que atendían a la voz humana. O sea, que a Wallach le bastaba con pronunciar las órdenes para que los mecanismos del «Buspace» fuesen activados por los robots —previamente programados a través de las computadoras—, como si éstos pudieran entender, captar e interpretar el lenguaje humano.

Y así era, en realidad.

Independientemente de este moderno sistema de pilotaje, Wallach había estudiado por espacio de casi un año la diversidad de los mecanismos del «Buspace I» por si cualquier fallo del sistema robot-computadoras de interpretación lingüística, hacía necesario que tomase cualquier incompatibilidad humana —enfermedad del cosmonauta—, la astronave podía ser controlada desde su base de lanzamiento en el océano Pacífico.

Según interpretaciones de prestigiosos científicos, observadores, y periodistas destacados en el lugar, la aventura del «Buspace I» estaba llamada al más sonoro de los éxitos.

Todo, absolutamente todo, lo hacía presagiar así.

Y el profesor Tracy, en aquellas últimas horas que precedían al lanzamiento, se había encerrado a cal y canto en su oficina del laboratorio experimental dispuesto a repasar con minuciosidad, con atención exquisita y milimétrico interés, todos y cada uno de los puntos vitales de aquella operación.

Algo así como su cuenta atrás particular.

—No quiero ser molestado por nadie ni para nada… salvo que se trate de algo de interés nacional. Mi línea de videófono sólo queda abierta al presidente y al secretario de Defensa.

Por eso le extrañó, sorprendió y hasta enfadó al profesor Tracy, que se iluminase la pantalla del vídeo y alguien

anunciara:

—La señorita Brenda Olswen está aquí. Dice que es… de interés nacional.

De los sentimientos anteriores expresados, Maximillian Tracy, pasó al más evidente de los estupores.

—Acompáñela hasta aquí.

* * *

—Reconozca que esto no es procedente, Brenda. No entiendo su actitud…

Sienes plateadas.

Ojos pardooscuros.

Facciones bondadosas con una crispación, ahora, de genuino asombro.

Cutis blanquecino.

Piel arrugada.

Labios ajados.

Así era, a grandes rasgos, el experto en ciencias nucleares y avanzada en materia espacial que respondía al nombre de Maximillian Tracy.

—Walter Lambert está en lo cierto, profesor —sentenció Brenda Olswen. Añadiendo—: El peligro de invasión es inminente. Esos entes interplanetarios, existen.

— ¡Brenda! ¡Le prohíbo…!

—Yo… *los he visto,* profesor.

— ¡Se ha vuelto loca, Brenda! No tengo más remedio que avisar al doctor Sturges… —pulsó una tecla del videófono, exclamando—: ¡Doctor Sturges…, Meredith Sturges, por favor! Acuda a…

Maximillian Tracy enmudeció.

Abriendo muchísimo sus pupilas de oscuro pardo.

Porque Brenda Olswen estaba desposeyendo su rostro de una serie de adminículos, bajo los cuales, se ocultaba la real apariencia de…

— ¡Usted es… Walter Lambert!

—Exacto, profesor. No tenía otra opción para llegar hasta usted. ¡Tiene que impedir el lanzamiento del «Buspace I»! Es lo que espera Mente para desencadenar su ofensiva contra la Tierra.

—Mente... ¿Quién es Mente, señor Lambert?

—El cerebro que rige los destinos de un planeta perdido en los confines del Universo que se denomina Disidente. Sus características parece que son similares a las nuestras pero su oxígeno se extingue. Solo la Tierra les ofrece una posibilidad de subsistencia.

— ¡Es usted un paranoico, Lambert! Está obsesionado por las aventuras de ciencia-ficción de las que es autor en sus artículos absurdos. Es... ¡es un auténtico peligro para nuestra especie!

Y mientras aquellas exclamaciones se atropellaban, nerviosas, vehementes, en los ajados labios del científico, su pie derecho se había incrustado en un diminuto saliente que sobresalía bajo la mesa en el suelo de su despacho.

Walter, al punto, captó aquel conciso y telepático mensaje que le transmitía Aurea con la exposición hiperlumínica de proyección-tiempo en la que se sucedían posibles escenas de lo que iba a suceder si no...

Si no asimilaba y utilizaba, al instante, la capacidad que junto al mensaje le enviaba el Poder de Áurea para realizar un acto de autoatomización y traslado.

El científico, desesperado, pisaba otra vez, otra y otra, con expresión apoplética, peligrosamente congestionada para él mismo, el diminuto resorte.

—Se arrepentirá de su terquedad, profesor Tracy —fue lo último que le dijo el periodista.

La alarma funcionaba ya.

Luces rojas intermitentes. Vibraciones. Sirenas ululantes de hiriente sonoridad. Confusión momentánea. Exclamaciones. Movimiento febril.

Los guardias de seguridad y miembros de la Cosmopol destacados especialmente en el cosmódromo para interceptar la presencia de Lambert, evidenciaron su excepcional puesta a

punto para tales menesteres.

La puerta del cubículo saltó por los aires.

Penetraron como exhalaciones.

Con los cañones de sus metralletas ligeras y sus pistolas, de carga anestésica, por delante.

Buscando como blanco de sus impactos adormecedores la figura de Walter Lambert.

— ¡Santo Dios…! —articuló Maximillian Tracy, llevándose ambas manos a la cabeza—. ¡Es imposible!

Los miembros de la seguridad se quedaron tan estupefactos como él. Porque algunos habían entrado a tiempo de captar una parte del cuerpo del periodista… *volatilizándose.*

Desapareciendo.

— ¡Cristo bendito! —estalló de nuevo el científico. Y entrando en movimiento como si recibiera impulsos electrónicos, gritó—: ¡Rápido! ¡Vámonos de aquí! ¡Tengo que proceder al lanzamiento del «Buspace I», ahora! ¡Ahora mismo!

Minutos después, los altavoces del cosmódromo, alertaban urgentemente a los tripulantes del vehículo espacial. Y se insistía acerca del personal técnico para que ocupase, de inmediato, sus puestos en situación de lanzamiento.

La conmoción, ahora, de la «Pacific Plataforma», fue de extraordinaria magnitud.

Pero todos, sin excepción, corrieron a obedecer como si estuvieran programados para reaccionar, instantáneamente, ante situaciones de emergencia como aquella.

* * *

Parecía un juguete.

Colosal.

Gigantesco.

La obra de un niño precoz, de un Maquiavelo en agraz, de un cuerpo menudo con enorme cerebro.

Un juguete infernal, sí.

Pero no existía el niño precoz, el Maquiavelo en agraz,

menudo, de enorme cerebro..., no.

Sí su obra.

El «Buspace I».

Dispuesto y preparado para estallar hacia los confines siderales desde aquella dantesca plataforma de lanzamiento —dantesca por lo inconcebible de su extensión—, desde aquel país de científica actividad flotante sobre las aguas y que se sostenía por encima de ellas de un modo que sólo veinte años ha hubiese resultado tan utópico como quimérico, tan absurdo como condenable... De un modo que se debía a la fusión energética del aprovechamiento nuclear conjuntamente con el lumínico e iónico, cuya energía resultante obraba aquel milagro, ofrecía el invisible sostén al cosmódromo.

Ni un mago perdido en el recuerdo de los siglos llamado Houdini, el «Gran Houdini», se hubiese atrevido a amamantar tan alucinante experiencia.

Pero el hombre del siglo XXIII, sin aportación mágica pero si con todo el abastecimiento de su inteligencia, lo había logrado.

Como el preclaro cerebro de Maximillian Tracy había concebido y alimentado la génesis de aquel extraordinario ingenio, presto ahora, con evidente precipitación, a ser expulsado a su punto de destino.

Mercurio.

Tracy pasó el dorso de la izquierda por su frente sudorosa.

A su lado, Kenneth Jones, su más directo auxiliar, interrogó con voz débil:

— ¿Está... está decidido, profesor?

— ¡Completamente!

— ¿Lo cree, de veras, necesario?

— ¿Desde cuándo dudas tú de mis decisiones, Kenneth? —preguntó, encorajinado y aumentando su nerviosismo, el científico.

—Perdón, profesor. Sólo intentaba hacerle reflexionar.

— ¡No hay nada que reflexionar, Kenneth!

—Usted manda, profesor... —y se apartó ligeramente del científico cuyos ojos, ávidos y muy abiertos, estaban bailando

encima del vídeo gigante en el que se reflejaba el «Buspace I» y añadió—. Voy a ocupar mi puesto.

—Será lo más consecuente, Kenneth.

Al igual que Kenneth Jones todos, todos sin excepción en la «Pacific Plataforma», ocupaban sus respectivos lugares.

Los ojos pardooscuros de Maximilliam Tracy fueron del vídeo gigante al cronósfero de alta precisión. Tiró de una cazoleta cóncava y metálica con extremidad flexible conectada al cuadro de mandos.

La acercó a sus labios, con dedos en los que no podía reprimir un perceptible temblor, anunciando:

—Tiempo de lanzamiento. ¿Preparados?

De distintos reproductores fónicos, inalámbricos, fue brotando idéntica respuesta:

— ¡Preparado control de combustión!

— ¡Preparado control de expansión!

— ¡Preparada rampa iónica de salida en la estratosfera!

— ¡Preparado control de turbotecnia!

— ¡Preparado control de disparo!

— ¡Preparado control de situación en órbita!

Y tras unos segundos de silencio, se oyó:

—Comandante Forsith de nave de caza ultrasónica, «Ranger 10», en disposición de escolta..., ¡preparado!

—Comandante Donovan de nave de caza ultrasónica, «Ranger 27», en disposición de escolta..., ¡preparado!

Percival Forsith y Milton Donovan eran los pilotos de las naves de la Cosmopol que servirían de escolta al «Buspace I» hasta que éste se situara definitivamente en su propia órbita y emprendiese, realmente, el trayecto hacia Mercurio.

Una sonrisa nerviosa, de matices casi histéricos diríase, ocupó los ajados labios del profesor Tracy. Anunció acto seguido:

—Tiempo de lanzamiento. Cuenta de segundos.

Y tras un fugaz silencio, contenido silencio que tenía cuerpo y densidad, se inició el cálculo retrospectivo, momento magno y trascendental de todas las maniobras espaciales.

—... ¡Nueve. ¡Ocho! ¡Siete! ¡Seis! ¡Cinco! ¡Cuatro!...

La sala de control y lanzamiento del inmenso cosmódromo parecía haberse convertido en una necrópolis de seres vivos que contenían la respiración como temiendo que, un soplo de aire, de su propio hálito, fuese la materialización de un espectro llamado fracaso.

Todas las miradas, con fervor casi religioso, iban alternativamente de las pantallas al hombre que, bajo el índice, tenía el pulsador rojo de lanzamiento o disparo.

—... ¡Tres! ¡dos! ¡Uno! ¡CERO!

El dedo se aplastó sobre la pequeña circunferencia escarlata.

Registrándose la conmoción.

Un estruendo ensordecedor, caótico, impresionante, conmovió la plataforma como si de un fugaz y terrible seísmo se tratara.

Pero la energía que lo sustentaba mantuvo incólume el cosmódromo.

A través de las pantallas se hizo visible la nebulosa blanca y rojiza que envolvía al díscolo monstruo espacial como manto protector que se iba retorciendo en condensadas y altísimas espirales.

Y escapando de aquel abrigo impenetrable, el «Buspace I», el conquistador de Mercurio, se alzaba, lentamente en apariencia, soltando una estela ígnea que iba a confundirse e integrarse entre las condensadas y altísimas espirales.

Con el paso de los minutos, fue amainando el estrépito. Fue cesando la conmoción.

Pero siguió el silencio sepulcral que precediera a su lanzamiento, mientras en las pantallas, el «Buspace I», huía de la niebla, de la complicada espiral, alzándose majestuoso en busca de su destino.

Alguien, no pudiendo contener sus nervios maltrechos, estalló:

– ¡Lo hemos conseguido! ¡Profesor Tracy..., *hemos triunfado!*

—Sólo somos testigos de un triunfo inicial —reverenció por entre sus labios ajados Maximillian Tracy.

Triunfo inicial...

Palabras que sin que nadie pudiera imaginarlo en aquel instante, tan siquiera pensarlo, iban a resultar triste y trágicamente proféticas...

«Triunfo inicial», sí.

Y en algún lugar del espacio, dijo una voz apagada:

— ¡No he podido impedirlo, Aurea! ¡No he podido!

—Lo sé, Walter —le respondieron—. Lo sé. Pero lo has intentado. Si la tragedia y el caos se consuman, tu conciencia con respecto a la suerte que pueda correr la Humanidad... estará tranquila.

—No sé, Aurea, no sé.

– Todavía no está todo perdido, Walter. Hay que seguir luchando. Hay que seguir...

* * *

— ¡Han adelantado el lanzamiento, Mente!

—Sí, Craig. Lo esperaba. Las maniobras de Walter Lambert y su postrer acoso al mismo Maximilliam Tracy han llevado a éste, como yo tenía previsto, a precipitarse. ¿Todo preparado?

—Sí, Mente. Las naves esperan instrucciones.

—Cuando el «Buspace I» alcance su órbita, ¡que lo desintegren!

—Hay dos naves de escolta...

— ¡Pulverizadlas también!

—Así se hará, Mente. ¿Algo más?

—Sí..., existe un cambio, Craig. Modificamos la estructura base de nuestro proyecto. Diez horas en medida terrestre contadas a partir de la desaparición del «Buspace I», lanzaremos rayos turborrefractores sobre una ciudad soviética llamada Stalingrado hasta que se produzca su total extinción. En arriesgado esperar ahora a que ellos tomen la iniciativa. Y cinco horas después, de igual modo, procederemos sobre la urbe norteamericana denominada Chicago. A partir de la destrucción de esa ciudad y contando veinte horas, una primera avanzada

de mil naves nuestras deben tomar contacto en la Tierra. Te agudizaré los sensores en su momento señalado los puntos de aterrizaje. Ahora. . ¡actúa!

—Sí, Mente —rugió Craig—, ¡Ha sonado nuestra hora!

—Con frialdad, Craig. Esa vehemencia tuya es humana... y sinónimo de torpeza y fracaso. ¡Destruye el «Buspace I»!

Craig, al punto, emitió órdenes telepáticas a sus subordinados.

* * *

En el avance sobre las lecturas futuribles, muy a corto plazo por supuesto, que se iban a posibilitar en el trayecto cósmico del «Buspace I» y que se reflejaban sucesivamente, a impacto fotoiónicos, en la enorme pantalla de videófutur situada en el puente de mando y siempre en relación directa con el campo de visibilidad del comandante de la astronave —lo cual quiere decir que la pantalla iba alternando su posición según fuese la postura del jefe de a bordo en aquella sala—, aparecieron, de súbito, en línea horizontal y equidistante, dos puntos de luz muy brillantes que se iban agigantando paulatinamente. Steve Wallach, uno de los cosmonautas más expertos con que contaba la Secretaria Galáctica de los Estados Unidos, consultó, alertado por aquellos chispazos luminosos, la carta de vuelo.

—No lo entiendo... —dijo para sí. Y a continuación, sirviéndose del sistema de robots computados que atendían a su registro vocal, inquirió—: ¿Cuál es la naturaleza de esos puntos que se reflejan en la pantalla de videófutur?

Uno de los electrohumanoides repuso al instante:

—Son naves rusas modelo «Soyuz G-XV».

—Imposible, ¡imposible! —estalló el comandante—. No está previsto que... ¿Qué diablos hacen ahí esas dos naves soviéticas?

Y no era sólo que estuviesen allí... Era que avanzaban por la misma ruta espacial que el conquistador de Mercurio, pero a

la inversa. Venían hacia él.

—Confirmen naturaleza de esos objetos volantes —insistió.

—Confirmado —repuso, al segundo siguiente, el robot parlante— Y afirmativo. Se trata de naves de guerra soviéticas de fuselaje «Soyuz G-XV».

Wallach no se entretuvo en más confirmaciones porque entre otras razones, sabía que el sistema computado no era susceptible de error. Entró en contacto con los cazas de escolta. Así:

— ¡Atención, atención...! ¡Comandante del «Buspace I» a comandantes de las «Ranger 10 y 27». ¡Atención, atención...!

—Le recibo. Wallach —repuso el tripulante de la 27. Inquiriendo—: ¿Se refieres a los objetos luminosos detectados en la pantalla, no?

—Exacto. Donovan. Mi sistema computado las identifica como naves bélicas de la Unión Soviética...

— ¡Acabo de efectuar una lectura completa —gritó la voz del comandante de la «Ranger 10», interrumpiendo el diálogo —*... y son naves rusas!*

—Las cartas de vuelo no tenían prevista la situación... —apuntó Wallach.

— ¡Han ganado velocidad...! —le cortó, enloquecido. Millón Donovan, piloto de la 27—. ¡Vienen hacia nosotros! ¡Viajando sobre un rayo alucinante! ¡No puedo mirar sus chispazos! ¡Me queman...!

— ¡Yo también siento fuego en los ojos...! —aulló Percival Forsith.

— ¡Situación de emergencia! —gritaba ya el sistema computado del «Buspace 1» su comandante—. ¡Situación de emergencia! ¡Somos blanco de un ataque enemigo! Plan A-7 de alerta y defensa. ¡Situación de emergencia...!

En lo que no reparó ninguno de los tres astronautas, posiblemente debido a la angustia y nerviosismo del momento, fue en el extraño e intenso fulgor que, como una epidermis escamosa protegía la estructura de aquellos artilugios interestelares, con apariencia de «Soyuz G-XV». Peculiaridad que no era común a ninguna astronave de fabricación terrestre.

Las «Ranger», conscientes de su misión protectora, se distanciaron entre sí acoplándose a los flancos del «Buspace I», para trazar una vertiginosa diagonal, salir acuchillando el cosmos y buscando atraer sobre cada una de ellas a las naves enemigas. Tanto Donovan como Forsith calcularon que, en su trayecto, mantenían una distancia entre sí y entre aquellas, que no permitía que las agresoras estabilizaran un blanco.

El error, no de cálculo, pero sí sobre las posibilidades del enemigo, fue fatal. Las supuestas «Soyuz G-XV» permitieron asomar en la parte inferior de la estructura dos invisibles círculos, dos bocas en que se culminaban unas toberas de contenido térmico y, al instante, brotaron dos espectaculares columnas azuladas, fulminantes, que viajaron en cuestión de segundos hacia las «Ranger».

—¡Milton, Milton…!—aulló Forsith—, ¡Nos desintegran!

—Intenta corregir el rumbo —se quedó a medias, en la exclamación, Milton Donovan.

Los agresores se habían manifestado ahora como dos enormes, gigantescos círculos, dorados como el oro, de brillo idéntico al oro, que parecían estallar encima de las naves ultrasónicas de caza de la Cosmopol.

Los rayos termolax... habían borrado del azul del universo, de la interminable balaustrada del cosmos, las «Ranger 10 y 27».

— ¡Santo cielo! —articuló Wallach, consternado—. ¡Hace apenas quince o veinte segundos estaban a tres mil kilómetros, y ahora...! ¡Han desintegrado las naves de escolta! ¡Es absurdo! ¡Imposible...!

Y los ojos del cosmonauta, a través de la pantalla, estaban abiertos y fijos en aquellas pequeñas nubecillas, en los residuos que tras el estallido quedaban de las naves de escolta.'

Gritó:

— ¡Atención a las torres láser! ¡Atención a las torres láser! ¡Determinen objetivos y...!

El sol lejano, invisible ahora, echó toneladas de su calor abrasivo sobre el «Buspace I». Fue un terrible diluvio de fuego que despedazó aquel ingenio espacial llamado al evento de

conquistar Mercurio. Los candentes fragmentos de la astronave quedaron suspendidos en el espacio hasta terminar reducidos a una simple mancha y luego a polvo. A nada.

Por el cielo y rumbo a la aventura ignota de conquista ya no avanzaba nada. Absolutamente nada. Nada.

* * *

—*Sólo somos testigos de un triunfo inicial* — había dicho Tracy.

Ahora, allí abajo, en la sala central de la «Pacific Plataforma», el silencio superaba en densidad, en cuerpo, al que precediera al lanzamiento.

Era algo más que silencio.

Era el caos.

Los ojos habían huido de las órbitas, con asombro enloquecedor, para incrustarse en el vídeo gigante a través del que, atónitos, habían tenido puntual información, cruenta información, verídica y en directo, del apocalipsis que se había producido en el espacio.

Maximillian Tracy, boquiabierto, en volandas del estupor, vaciló unos segundos. Luego, como un autómata, se volvió hacia quiénes estaban a su espalda, inmóviles, petrificados.

Dijo, débil la voz, apenas con un hilo:

—Walter Lambert... *tenía razón.*

Y con un traspié que no hubiese mejorado un beodo se desplomó en tierra. Eso hizo salir a los demás de su aparente catalepsia. Y mientras unos se precipitaban en auxilio del científico alguien aulló:

-¡HAN SIDO NAVES RUSAS...!

Coreado por otro que parecía al borde del paroxismo:

— ¡SI... LAS «SOYUZ G-XV»!

Cuando horas después y tras recibir los correspondientes cuidados médicos, Maximillian Tracy se comunicaba urgentemente con el Presidente, atropellándose en su propio desespero al hablar de Lambert, de la realidad de sus

afirmaciones, de que la destrucción del «Buspace I» y su escolta no era obra de los rusos... cuando insistió una y otra vez en una alerta roja mundial, en un estado inmediato de defensa para repeler una invasión extra terrestre, cuando insistió en la necesidad de localizar al periodista y oírle... el Presidente le escuchó con interés y le dijo que se calmara.

Que todo se solucionaría.

Minutos más tarde, el Presidente, hablando con su Secretario de Defensa, Everett Young, comentó:

— ¡Pobre Tracy...! Soy de la opinión de que le vea un psiquiatra. La destrucción de su astronave le ha trastornado.

—Es posible, señor. Todos estamos trastornados. Pero tenemos un asunto de extrema gravedad al que atender y enfrentarnos.

—Sí. Entiendo.

—El Senado y el Pentágono se han reunido conjuntamente, señor. Los altos mandos militares, en votación secreta, han decidido declarar la guerra a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas... previo ataque sorpresa con misiles láser.

—Voy para allá, Everett... —movió triste, preocupadamente, la cabeza, el primer mandatario de los Estados Unidos de Norteamérica y Repúblicas del Sur.

CAPÍTULO VII

Walter Lambert, después de su fracaso intento, desesperado intento podía decirse, de convencer al profesor Tracy de la urgente necesidad de no lanzar al espacio el «Buspace I», y tras su autorización merced a los poderes transferidos por Aurea, ésta le había magnetotransportado a su nave, desde una de las pantallas videocósmicas de la cual, el periodista, con zozobra, angustia y desesperación, había seguido segundo a segundo la caótica odisea espacial que había concluido con la desintegración de las naves de escolta y el propio conquistador de Mercurio.

Si en la Tierra, para muchos, la aventura del «Buspace I» no había sido un fracaso y sí el estallido agresor de una potencia que no se conformaba con un segundo puesto en la conquista del espacio, poniendo con su acto vandálico la paz mundial en entredicho, para Walt Lambert, no era más que el preludio de una sinfonía apocalíptica. De la sinfonía que estaba interpretando un poderoso alienígena llamado Mente.

Era cuestión de horas, de minutos quizá, que una potencia y otra se enzarzaran en una conflagración nuclear, destructora, que extinguiría buena parte de la humanidad, facilitando así el proyecto genocida de que aquel ser inconcreto que estaba, paradójicamente concretando el exterminio de los terrícolas y ultimando los preparativos de la invasión definitiva.

Por indicación, insistencia de Aurea sobre el particular, Walt se había recluido en una dependencia de la nave para relajarse de la tensión psíquica sufrida, después que le administrasen un calmante hipnógeno.

Aun así, entro en los abismos de un sueño extraño, horrendo y espectral, por el que se debatió, sudoroso y sobresaltado, brincando despavorido de la inverosímil litera que ingravitaba, sorprendentemente fija, en el ámbito de la estancia… Huyendo de los vapores asfixiantes de la pesadilla. Gritando:

-¡AUREA... AUREA, POR FAVOR!

La bella hembra surgió ante él.

—Walt, cálmate. Necesitas reposo. Has vivido una fuerte tensión nerviosa y ello puede afectar incluso tus coordenadas cardiovasculares.

— ¡Es imposible, Aurea! —se desesperó—. ¡He tenido un sueño monstruoso, diabólico! Destrucción, todo era destrucción. Horror y muerte. Ciudades enteras arrasadas, edificios reducidos a polvo, cientos de miles de cadáveres en estado de putrefacción... ¡la apocalipsis! No puedo permanecer aquí, quieto, de brazos cruzados, mientras mi mundo está al borde de la desesperación.

—Me he estado concentrando en pos de Mente y de la forma de exterminarle, pero sigo sin encontrar la conducción. Vierto en ello toda la fuerza de mi Poder pero no obtengo más que sombras y negación. ¿Qué pretendes hacer, Walt?

—Tengo que llegar hasta el Presidente.

—No te escuchará.

—Ahora, quizá sí.

—El peligro de un conflicto nuclear es inminente, Walt. Los ánimos están exacerbados y no razonarán.

— ¿No fuiste tú, Aurea, quién dijo que había que agotar los recursos a nuestro alcance... que teníamos que luchar hasta el fin?

—Puede que entonces ignorase la estulta obcecación de la raza a la que realmente pertenezco...

— ¡Tengo que ver al Presidente!

—Si estás convencido de que la última posibilidad...

—Lo estoy, Aurea, lo estoy.

—Bien, Walt. Entonces... —le sonrió—, voy a disponerlo todo para que se te magnetoimpulse a la Tierra. ¿Washington, no?

—Sí... ¿Estarás en contacto conmigo, Aurea?

—De continuo, Walt. Hiperexcitaré mis sensores para que estén permanentes en los tuyos. Prepárate para el traslado...

—Estoy dispuesto.

* * *

Walt Lambert, el terrícola que en pocas fechas había vivido unas emociones que jamás ningún otro congénere suyo lograría equilibrar, se materializó ahora en un fragante bosquecillo que se abría en la parte noreste de las afueras de Washington.

Justo diez horas y veinticinco minutos después que el «Buspace I» hubiese estallado en el cosmos.

Salió a la carretera y viendo en la cercanía las luces de un motel, caminó hasta allí. Estudiaba, entretanto la estrategia que le permitiera llegar al Presidente sin que lo impidieran los Servicios de Seguridad.

Asomó a la planta baja que servía de restaurante y se sorprendió de que estuviese desierto. Sólo una camarera rubita, muy joven, permanecía en su puesto de trabajo. Había una extraña crispación en las facciones de la bonita chica.

—Hola —saludó el periodista encaramándose sobre un taburete.

— ¡También tiene usted valor, amigo! —comentó ella, mirándole.

— ¿Por qué? —indagó él.

— ¿No me dirá que no sabe…?

— ¿Lo del estallido de esa astronave…?

— ¡Qué estallido ni qué niño muerto, amigo! —exclamó la camarera, rompiendo aquel juego inconexo de mutuos interrogantes—, ¡Una agresión soviética! ¡Una provocación que ha sido debidamente contestada por los Estados Unidos!

Walter renunció a razonar con la chica respeto a la naturaleza de los agresores del «Buspace I». Unas palabras pronunciadas por ella le habían estremecido vivamente. Preguntó de nuevo:

— ¿Qué quiere decir con eso de… *debidamente contestada?*

Ella hizo un gesto, ahora, de tedio y fastidio.

— ¡Usted no se entera de nada!, ¿eh amigo?

— ¿De qué mierda tengo que enterarme, eh amiga? ¡Quieres explicarte de una puta vez!

Viendo la excitación del hombre y su faz congestionada, exclamó ella:

— ¡Calma, muchacho! Se lo diré por llano: misiles láser americanos han pulverizado la ciudad rusa de Stalingrado.

Walter se quedó como un cadáver.

— ¿Que... qué han destruido...? —ahogó el interrogante, gritando—: ¡No es posible que hayan sido tan necios!

— ¡Mire, amigo, mire! Ahora hablan de ello. ¡Mire el teletrivisor!

Miró, sí. En la pantalla del aparato situado al fondo, en un vértice, asomaba la imagen del locutor de Telemundo, asombrando a los televidentes de cualquier lugar del orbe, con estas palabras:

—Tras la destrucción del ingenio espacial «Buspace I» por vehículos soviéticos, agresión negada y desmentida por el Kremlin, el Alto Estado Mayor norteamericano se ha reunido conjuntamente con el Senado y el Congreso, en sesión de urgencia., y al parecer, Estados Unidos ha decidido declarar la guerra a Rusia... aprobándose, según se ha sabido por filtraciones, una operación sorpresiva que ha cristalizado con la destrucción total de Stalingrado. Como antes hicieran los hombres fuertes de Moscú respecto al ataque en el espacio, Washington, que admite haber acordado la declaración de guerra a la URSS, niega rotundamente su participación en el exterminio de Stalingrado y sus habitantes.

«Lo que sí está claro y tiene un vilo a la humanidad entera es el estallido definitivo de las hostilidades entre una y otra potencia, lo cual, obviamente, puede concluir con la destrucción de nuestro planeta.

«Seguidamente conectaremos con nuestro centro emisor en la Confederación Continental Europea, para que nos ofrezcan imágenes...»

Walt saltó del taburete corriendo a la puerta como una exhalación.

— ¡Eh, amigo! ¿Es que no va a tomar ni un mal café? ¡Bah…! ¡Está loco!

Lambert ya estaba en la carretera. Observó los vehículos

estacionados en el aparcamiento anexo al motel.

— ¡Uno cualquiera servirá! —se dijo, agitado—, ¡Tengo que llegar al Presidente antes de que sea demasiado tarde! ¡He de evitar la destrucción total!

Entonces escuchó el dulce susurro, suave, de la voz de Aurea, llamándole:

-¡Walt...!

Giró la cabeza.

Ella, la exquisita hembra, estaba allí. Erguida y sonriente a la vez. Casi desafiante. Oteando al viento su melena.

— ¡Aurea! ¿Qué sucede?

Corrieron el uno hacia el otro.

— ¡Lo hallé al fin, Walt! ¡Lo hallé'

— ¿El qué, princesa?

—El... ¡sistema de pulverizar a Mente!

Los ojos azules de Walt colgaron al borde las órbitas.

— ¿Estás... estás segura? —logró, al fin, articular.

—Por completo —sonrió ella, con amplitud—. Y he podido ubicar su posición en el cosmos. La nave en que viaja está muy cerca de la órbita terrestre. Ya no es necesario que vayas junto al Presidente.

—Sí... ¿Pero qué esperas para destruirle, Aurea?

Ella le miró con largueza. Con severidad incluso. Gravemente, al decir:

—Yo no puedo. Walt. Has de hacerlo tú.

Se quedó boquiabierto.

—No entiendo..

—Ven. Nos serviremos del mismo discoimán para ser magnetotransportados a mi nave.

Obedeció sin presentar la más mínima objeción.

* * *

—Has de ser tú. Walt —le dijo Aurea, de nuevo, una vez a bordo. Significando—: Aunque existo de naturaleza humana, mi aparato pensante, mis características psíquicas, fueron

intervenidas por él. No puedo combatirle. Tú, sí.

Uno de los seres que tripulaban aquel vehículo interestelar, de apariencia externa humanoide, apareció y dijo, respetuoso:

—Todo está a punto, Aurea. He dispuesto sondas de camuflaje alrededor de la nave que nos permitirán acercarnos sin riesgo alguno a la de Mente. He insonorizado por completo nuestro sistema de conducción de manera que no se puede detectar ningún impulso de los que emitimos. No somos visibles en pantalla ni se nos puede captar en ninguna frecuencia. Es... como si no existiésemos en el espacio.

— ¿A qué distancia estamos de ellos, Zlay?

—A un cuarto de revolución. El señor Lambert debe prepararse para ser atomizado. Lo he programado todo para que se materialice en el sector de la nave donde su ubica el segmento ocupado por Mente. ¿Está dispuesto, señor Lambert?

—Bueno... —tragó saliva forzando una sonrisa—, creo que después de cuanto he visto y vivido últimamente, no me sorprendo de nada y estoy decidido a lo que sea. ¡Cuando queráis! ¡Ah…! y por sí no regreso y la humanidad se salva, que alguien les cuente lo mío, ¿eh? Es por si deciden ponerle mi nombre a algún paseo o autovía.

—Celebro su humor, señor Lambert —anunció el ente.

—Déjenos solos, Zlay. Te activaré sensores para que pulses el rayo de magnetoimpulsión.

—Bien, Aurea. Buena suerte, señor Lambert.

Y se volatilizó.

La preciosa hembra, al tiempo que adelantaba con suavidad su busto hacia él y ofrecía sus labios humanos, rendidos, frutales y húmedos, pidió:

—Bésame, Walt.

— ¿Es una despedida, Aurea?

—Es una confesión de amor, periodista.

Ya nada le sorprendía... o sí. Porque inquirió:

— ¿Me amas, princesa?

—Entiendo que sí. Bésame...

Sepultó los suyos en aquellos labios embriagadores cuya caricia, cuyo ardor, cuya fe y voracidad puestos en el beso, la

produjeron un vértigo de éxtasis. Y admitió que valía la pena ser desintegrado bajo el poder de Mente luego de saborear el placer que brindaba semejante beso.

—Creo que sí... —jadeó Walt tras el ósculo.

— ¿Qué... qué es lo que crees, amor? —susurró Aurea.

—Que sí, que me he vuelto rematadamente loco. Que estoy navegando por un mar de alucinaciones y paranoia. Que nada es real desde el momento en que me trajiste aquí por primera vez...

— ¿No te parezco real, Walt?

—Te lo he dicho, ¿no? ¡Me pareces la locura!

La voz, sólo la voz de Zlay, les interrumpió. Así:

—Ha llegado el momento. Todo está dispuesto.

—Bien —repuso ella, consignando—. Cuenta atrás a seis cuando active tus sensores, Zlay —y mirando a Lambert, anunció—: Todo mi Poder, Walt, impregnará otra vez tu aparato pensante. Seréis tú y mi Fuerza quiénes iréis, juntos, al encuentro de Mente en pos de su destrucción. ¡Ah!, y esto.

Del bolsillo superior de su uniforme extrajo un pequeño artilugio, dorado, que parecía de metal.

Lambert lo tomó entre sus dedos, estudiándolo. Y al darse cuenta de lo que realmente era, exclamó:

— ¡Pero, Aurea...! Esto es una...

—Esto es lo que necesitas —le cortó ella—, Walter Lambert, para exterminar a Mente de todas las Creaciones. De la suya propia. Y de aquella de la que fue expulsado hace millones de años y a la que trata ahora de integrarse con genocida desesperación. Ve, Walt, y vuelve pronto. Yo... te esperaré.

Y los sensores de Aurea activaron los de Zlay.

HABLA... MENTE (V)

Es el principio del fin, sí.

Todo ha ido saliendo, salvo leves contrariedades, conforme a lo previsto en mi proyecto.

Mi... venganza.

Hasta me permito la generosidad de sentir lástima por los humanos... por la Creación de la que fui arrojado al vacío inmenso de los espacios infinitos como un paria del cosmos, como un mendigo del Universo, como un apátrida al que se condena sin juicio, o con juicio subjetivo y unilateral, por el simple hecho de no aceptar un absurdo principio de humildad y obediencia.

¿Cómo podría ser humilde, YO, yo que he demostrado la capacidad inmensa de mi Poder?

Me siento satisfecho.

Feliz... que diría un humanoide de los que están empezando a morir en su propio holocausto.

Pero esa lluvia de satisfacción que me cubre no me lleva al olvido de Aurea y su fiel terrícola, no.

Porque sé que mi triunfo no es completo, que mi venganza no estará consumada hasta que la disidente y Lambert sean exterminados, pulverizados, como lo están siendo ya las criaturas terrenas.

Falta apenas una hora en medida terrestre para que la ciudad de Chicago sea reducida a escombros, a cenizas... ¡Y la guerra definitiva estallará!

Los humanoides podrán saciar ampliamente su ansia y sed de autodestrucción, sí. Y yo les detendré cuando juzgue llegado el momento oportuno.

A esos que ahora permitiré seguir viviendo también les llegará su sentencia. Cuando ya no me sean útiles. Cuando mis entes se hayan identificado totalmente con el planeta

Tierra.

Entonces, a partir de ahí, sólo mi Creación subsistirá. Aniquilaremos a los supervivientes humanos y nuestra, MI HEGEMONIA, se prolongará por el largo pasillo de los siglos interminables.

Habré, definitivamente... *vencido*.

Y habrá valido la pena ser un disidente.

Un apátrida.

Habrá valido la pena, sí.

Me siento orgulloso de mi Poder indestructible y de lo que obrando a través de él he sido capaz de conseguir, sí.

He sido Creador...

Soy PODER...

¡En...! ¿Qué sucede? Estoy notando algo muy extraño a mí alrededor...

Una percepción...

¡Maldición! ¡Hay alguien cerca de mí con... CON NATURALEZA HUMANA!

Es...

¡Oigo una voz!

Es...

—Sí, Mente, soy yo. El periodista. Soy Walter Lambert.

¡Maldito terrícola! ¡Maldito!

¿Cómo...? ¿Cómo has llegado hasta mí?

CAPÍTULO VIII

Los cálculos de Zlay habían sido matemáticamente perfectos.

Walt, al obtener cuerpo de nuevo, no se percató de ello en principio.

Hasta no usar convenientemente del poder conferido por Aurea.

Entonces, sí.

Comprendió que se encontraba frente a él.

Delante de Mente.

Sólo había captado una forma vaga, difusa, oscilante, que como una sombra proyectada desde un objeto por la luz, se movía tenue, fugazmente.

Conforme él se concentraba yendo en sus percepciones visuales, sensoriales y psíquicas, donde ningún humano alcanzaría jamás, lo que era una forma difusa, vaga, oscilante, adquirió volumen, dimensión.

Una esfera oscura, color café, rugosa...

¡Qué decepción!

¿Aquello era Mente?

Aquello...

Y de aquel bulto negruzco podía emanar un Poder tan grande, tan decisorio, con tan infinita capacidad de destrucción... De aquella criatura de remotos mundos; del interior de *aquello*... ¿podía surgir la Fuerza y Energía que alimentaban toda una Creación, unos entes...?

¡Absurdo!

¡Absurdo admitir que *aquello* estuviera a punto de ser el causante de la destrucción de los humanos!

Captó, ahora, una oscilación más profunda y sonora de la masa bulbosa. Lo que podía aceptarse como forma adquirió superiores dimensiones como si se esparciera sobre un mayor volumen del piso de aquel segmento de la nave.

Walter —cuyo asombro acerca de las cosas que él podía

hacer activado sensorialmente por la Fuerza y Energía de Aurea, había decrecido, asimilando al fin con naturalidad los eventos—, no dejó de asombrarse ahora ante la metamorfosis que experimentaba el *ser*, obedeciendo a una serie de impulsos que, por calificar de alguna manera, llamó para sí vitales, produciendo una serie de extrañas figuras, de contorsiones...

Posiblemente se estaba contorsionando.

Había una vibración nerviosa. Si es que podía admitirse que aquel ente, contuviera centros y movilidad neurálgica.

Era, quizá, desasosiego.

¡Porque había captado su presencia!

¡Claro! ¡Era eso!

Estaba girando...

Y algo parecido a unas fauces tomaron aspecto externo en el conjunto de aquella criatura espectral, diabólica...

¡Diabólica, sí!

Le oyó gorgotear. Y sus gorgoteos se hicieron, al punto, totalmente inteligibles para el periodista. Percibiendo en traducción sensorial autodidacta:

— *¡Hay alguien cerca de mí con... CON NATURALEZA HUMANA! Es...*

—Sí, Mente, soy yo —respondió el humanoide viajero—. El periodista. Soy Walter Lambert.

— *¡Maldito terrícola! ¡Maldito! ¿Cómo...? ¿Cómo has llegado hasta mí?*

—Utilizando el Poder que tú mismo le conferiste al aparato pensante de Aurea.

— *¡Aurea...! ¡Despreciable criatura disidente!*

Lambert, alerta y tenso, captó otro estremecimiento en la forma.

— ¿Y tú qué crees, Mente? ¡Otro disidente! El primer disidente de la Creación...

— *¡Qué sabrás tú de Creación! ¡Qué sabrás lo que eso significa! Tu... miserable insecto humano carente de intelecto, de capacidad, de Poder...*

—Tengo el Poder de Aurea y eso me basta.

— *¡No la nombres! ¡Ella desaparecerá! Como tú... ¡como tú*

vas a desaparecer ahora!

Una carcajada pobló el ámbito tras batirse las mandíbulas de Lambert. Fue un sonido entre nervioso, histérico y áspero.

—Sabes que no podrás destruirme, Mente. Lo sabes porque estás leyendo en mi complejo cerebral lo mismo que yo entro en tu aparato pensante. Y sabes que te enfrentas por segunda vez a lo imposible.

— *¡No hay nada imposible para mí! ¡Nada! ¡Porque yo soy...!*

—Yo, Mente, SE QUIEN ERES. Por eso he llegado a ti con la única arma que puede reducirte a polvo, devolverte a la nada... —alzó su diestra enviando hacia la forma los metálicos destellos del instrumento que le entregara Aurea segundos antes de la magnetoimpulsión. Gritando—: ¡¡¡ESTA!!!

El brillo, de súbito, adquirió una densidad Estallando sus rayos encima del bulbo negruzco que había ido acentuando su volumen instantes atrás. Y de repente, empezó a encogerse, a estremecerse...

Lo mismo que un ofidio venenoso al recibir las descargas de un rayo exterminador.

En aquel instante una voz de eco sobrehumano restalló en el interior del segmento. Una voz diáfana, grave, que parecía acompañada del tañir de campanas y de cánticos angelicales, coreada por un interminable aleluya, procedente de todos y cada uno de los rincones del Universo.

Una voz que dijo:

—*«No tomarás el nombre de Yahvé, tu Dios, en falso, porque Yahvé no dejará impune al que tome en falso su nombre...»*

Las fauces de la forma, ahora, pareció que estallaban:

-*¡¡¡NOOOOOOOOOOOOOH!!!*

Añadiendo:

—*OTRA VEZ... ¡¡¡NOOOOOOOH!!!*

Walter, sobrecogido también por la voz que habíase filtrado hasta allí proveniente de un lugar ignoto de los confines de la Creación, siguió manteniendo en alto aquel instrumento metálico de brillo cegador, cuyos destellos seguían incrustándose en la forma.

Y al propio tiempo, Lambert, en uso de toda la Energía que

le transmitiese Aurea, controlaba su imperio pensante, fortalecía sus Poderes aniquiladores, intensificaba sus células destructoras dotándolas de la máxima tensión, enviando todo aquel conjunto pulverizador hacia los restos espasmódicos de Mente.

Oyó, como hundiéndose en un precipicio vertiginoso de alucinantes tinieblas y rebotando en aquel y en aquellas, al aullido restallante, de matices satánicos:

-¡OTRA VEZ NO...! ¡OTRA VEZ NO...!

¡¡¡NOOOOOOOOOO!!!

La forma experimentó una última contracción, un chasquido, un algo extraño, antes de quedar reducida a polvo y pringue, a líquido, a nada.

Del poder de Mente, no quedaban residuos ni vestigios. No quedaba nada.

NADA.

Walt sintió un profundo dolor en las sienes. Un vértigo enloquecedor. Un espasmo agudo que le empujaba al desfallecimiento. Y al instante siguiente de captar la desaparición, la desintegración de la forma, su cerebro se quedó por completo a oscuras.

NADA...

* * *

Parpadeó.

Brincando del lecho con sobresalto.

— ¡Aurea...! ¡Aurea! ¿Qué ha sucedido?

— ¿No recuerdas nada. Walt?

—Con vaguedad. En mi cerebro solo tengo borrosas percepciones. Sombras... ¿Dónde estamos?

—En la Tierra. Todo ha concluido, Walt. La pesadilla ha terminado, ya. Con el exterminio de Mente toda su Creación ha desaparecido.

— ¿Y... y la guerra? ¿La catástrofe nuclear?

Se inclinó, besando los labios del periodista.

—Cálmate, por favor. La hecatombe no se ha consumado. Hay daños, sí, pero reparables. Los principales Gobiernos de las naciones están reunidos para estudiar la situación actual y estructurar un programa conjunto de defensa por si vuelve a producirse una coyuntura como la provocada por Mente. Algunos miembros de esos Gobiernos han estado aquí, a verte...

— ¿Aquí...? ¡Entonces! ¿Cuánto tiempo llevo...?

— ¿Durmiendo? Tres días y medio. Cuando mi Energía se volatilizó de tu psiquis caíste en una especie de sopor a causa del tremendo esfuerzo realizado. Te han visto varios médicos y todos coinciden en que cuando te hayas recuperado de la fatiga psíquica estarás en perfectas condiciones.

— ¡Aurea, Aurea querida! —exclamó. Musitando—: ¿Y tú... cómo estás?

—Sin Poder ni Energía. Tú vaciaste mi capacidad. Soy... *simplemente Aurea.*

— ¿Quieres decir que tu cerebro, ahora, es tan humano como tu cuerpo?

—Algo así, Walt.

— ¿Y podré vivir tranquilo sin temor a que leas mi pensamiento?

La sonrisa fue de complicidad. De genuino amor.

—Sí... —hubo otro beso apasionado de la hembra, volcándose sobre Walt—. Y lamento no poder adivinar todas las veces que me serás infiel.

—Sabes que no, Aurea. Eres la única mujer a quién no podré traicionar

— ¡Aaaay! ¡Vanas palabras de hombre! Promesas... Siempre promesas al principio. Además, cuando ocupes tu nuevo cargo y empieces a viajar por ahí...

— ¿Nuevo cargo? —se sorprendió él—, ¿De qué estás hablando, Aurea?

— De la propuesta que en breve te efectuará el Gobierno de los Estados Unidos para que ocupes la Secretaría de Defensa, periodista.

— ¿Y tú qué opinas, princesa? —fingió expresión boba, Walt.

— Bueno... Pienso que das la talla. Además, puede que hasta seas inteligente. En tu caso, aceptaría.

Se estrecharon fuertemente. Meciéndose al arrullo de la pasión.

— ¡Aurea, Aurea... te amo tanto!

—Y yo a ti, Walt.

Del apocalipsis, de la hecatombe, del holocausto a la felicidad, sólo había mediado un paso.

El que diera Walter Lambert, periodista, para destruir a Mente.

F I N